

BOLSILIBROS
BRUGUERA

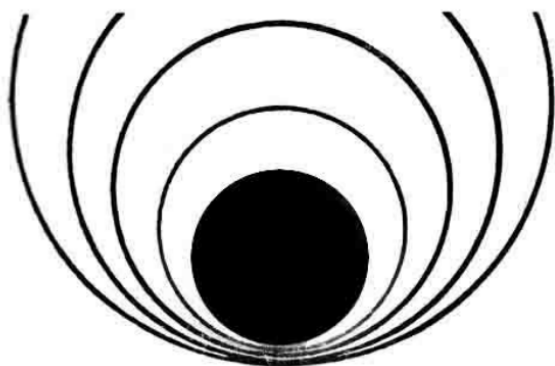
PUNTO
ROJO

NO MATEIS LOS NARANJITOS

Ralph Barby



SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS



PUNTO ROJO



**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

- En Colección **COLORADO**:
838 — La larga espera de la muerte.
- En Colección **KANSAS**:
734 — El comisario rebelde.
- En Colección **CALIFORNIA**:
881 — Buscando a un tramposo.
- En Colección **BRAVO OESTE**:
585 — Colt a sueldo fijo.
- En Colección **SERVICIO SECRETO**:
1.596 — Chantaje entre tiburones.
- En Colección **SALVAJE TEXAS**:
1.369 — Regreso al mundo de los coyotes blancos.
- En Colección **PUNTO ROJO**:
1.048 — Un camión lleno de calamares.
- En Colección **ASES DEL OESTE**:
647 — Los torturados de Nogan.
- En Colección **BISONTE SERIE ROJA**:
1.351 — La matanza del paso de Trout-Creek.
- En Colección **BUFALO SERIE AZUL**:
85 — Una bala para un Colt.

RALPH BARBY

NO MATEIS A LOS NARANJITOS

Colección PUNTO ROJO n.º 1.058
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-02520-X
Depósito legal B. 23 155 1982

Impreso en España Printed in Spain

1.ª edición: agosto, 1982
2.ª edición en América: febrero, 1983

© Ralph Barby - 1982
texto

© García - 1982
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

**Todos los personajes y entidades privadas
que aparecen en esta novela, así como las
situaciones de la misma, son fruto exclu-
sivamente de la imaginación del autor,
por lo que cualquier semejanza con per-
sonajes, entidades o hechos pasados o ac-
tuales, será simple coincidencia.**

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1982

CAPÍTULO PRIMERO

Míster Reynolds encendió su mechero y prendió fuego a un cigarro «Montecristo». Aspiró con fuerza mientras sus ojillos escrutaban alrededor. Había gente, mucha gente, acababa de arribar el vuelo de la Panam New York-París y él era uno de los pasajeros.

Se escuchaban voces principalmente en inglés, un inglés americano que recordaba las caricaturas del Pato Donald.

Los viajeros, por lo menos un sesenta por ciento de ellos, hablaban mucho, estaban excitados. Aquélla podía ser su primera visita a Europa, a la vieja historia, a una cultura que ellos miraban por encima de su dios-Dólar con el cual pensaban poder comprarlo todo, más no tardarían en comprobar que los precios en Francia, Inglaterra, España o Italia no eran tan bajos como habían supuesto. Comer iba a resultar más caro que alimentarse en New York.

Míster Reynolds formaba parte del grupo y daba la impresión de ser un ejecutivo, un ejecutivo maduro, pero norteamericano, se notaba en la confección de su chaqueta o en sus pantalones con las pinzas abiertas hacia el centro.

—¿No lleva nada más?

—No —respondió, lacónico.

—¿Y esto qué es?

El aduanero señaló lo que había en el interior de la maleta.

—Cassettes de video.

—¿Pornografía?

—No. Si tiene algún aparato puede ver todo el programa, asuntos comerciales y publicidad.

—Bien —aceptó el aduanero.

Dejó que la policía revisara su pasaporte y sin permitir que ningún mozo tomara su pequeña maleta, anduvo hacia la salida. Una voz le interpeló entre la casi muchedumbre que se hallaba en Orly.

—¡Reynolds, Reynolds!

La mujer era joven, alta, espigada y rubia y llevaba una boina de color rojo burdeos con una gran borla blanca. Vestía un brillante impermeable negro y un bolso antilluvia del mismo color.

—*Hello, my blonde Panther...*

Ella sonrió ampliamente.

—¿Sigues llamándome «Pantera rubia»?

—¿Acaso no lo eres?

—Hago lo que puedo, esta vida es muy difícil.

—Yo creía que para vosotros, los periodistas independientes, todo era más fácil. Hay noticias en cantidad, los magnicidios no faltan y hay de todo.

—Sí, de todo, pero también mucha competencia. Además, para los reportajes grandes hace falta alguien que te subvencione.

—Traigo el mejor reportaje de tu vida.

Eso me pareció entender cuando me telefoneaste.

—Y no te engañé. Anda, vámonos de aquí.

Cybèle vio a mucha gente, pero como periodista que era, no se le escapaba que en el vestíbulo de un gran aeropuerto como aquel habla una fauna variadísima, desde los simples turistas que ansiaban visitar París a los traficantes internacionales, drogas, armas, pasando por los grandes industriales y banqueros. Los VIP del mundo del espectáculo, los políticos y diplomáticos con sus portafolios, los rateros, los agentes secretos... Cualquiera podía estar vigilándoles.

—Vamos a mi coche.

—Cybèle, traigo algo gordo.

—Entonces, iremos a medias.

—Lo vas a lanzar tú, pero yo me quedo el ochenta por ciento de lo que saquemos.

—¿El ochenta? —exclamó la muchacha, sorprendida y desilusionada, deteniéndose para tratar de enfrentarse al rostro del yanqui.

—No te quejes. Por poco que saquemos será un millón de dólares.

Cybèle silbó admirativa.

—¿De veras?

—¿Qué harás con doscientos de los grandes?

—Cambiarle los «zapatos» a mi coche.

—Yo creo que hasta te podrás comprar un auto nuevo. Anda, vamos.

—Pero ¿qué es lo que traes?

—No hagas preguntas, todo llegará en su momento. Hay que callar y vigilar.

—¿Cuándo crees que podremos cobrar?

—¿Ya tienes prisa por tocar el dinero?

—Sí, claro. ¿Y el nombre? Me refiero a la firma del reportaje.

—Te dejaré a ti ese honor, eso te dará popularidad. Serás famosa en todo el mundo, ya te he dicho que es algo muy gordo. Seguro que además de pagarte te contratan para otros reportajes.

—¿Y tú?

Yo permaneceré en las sombras, cobraré y desapareceré.

—Me tienes intrigadísima.

Reynolds sonrió, apartó el cigarro de entre sus labios y dijo:

—Pensé en ti y me dije: «La voy a hacer rica y famosa, un espaldarazo no le irá nada mal».

Llegaron al *parking*. Cybèle tenía un

R-5

color naranja. Abrió las portezuelas y ya se sentaba al volante cuando Reynolds se tambaleó y le gritó:

—¡Lárgate, lárgate, rápido!

—¿Qué?

—¡Lárgate!

Cybèle dio a la llave y arrancó con violencia, llevando aún las puertas abiertas. Sabía que no tenía tiempo para comprender, para pensar. Miró por el espejo retrovisor y vio al americano en el suelo.

—Dios mío, ¿qué ha pasado? —gimió.

Había oído golpes secos, pero no sabía qué ocurría. En vez de salir del estacionamiento dio una vuelta por los carriles del mismo para volver a pasar junto a Reynolds, que continuaba en el suelo y ahora pudo ver sangre.

De pronto, un golpe seco perforó el cristal de la ventanilla derecha y un fuerte impacto dio contra la plancha.

«Esto es un tiroteo», se dijo.

Aceleró, saliendo del aeropuerto esta vez. Cuando volvió a mirar hacia atrás para ver si la seguían, su vehículo golpeó a otro coche.

Quiso rectificar y seguir huyendo, pero el automóvil contra el que había chocado le cortó el paso.

—¡Despacio, preciosa, despacio! —gritó una voz de hombre que abriendo la portezuela corrió hacia ella.

—Por favor, no me mate —suplicó.

—¿Qué no te mate? —repitió el hombre con un acento francés un poco especial.

Cybèle volvió a mirar hacia atrás y no vio nada sospechoso, algunos automóviles que estacionaban u otros que salían del *parking*; no parecía que hubieran descubierto a Reynolds tendido en el suelo, bañado en un charco de sangre.

—Por favor, marchémonos de aquí.

—Un momento, un momento, usted tiene la culpa.

—Sí, yo tengo la culpa, pero marchémonos de aquí. ¿No va a la ciudad?

—Sí.

—Pues, vaya delante, yo le seguiré.

—¿Y si escapa?

—Palabra que no escaparé.

—De acuerdo —aceptó él.

El hombre entró en su Citroën y lo puso en marcha mientras ella miraba ansiosamente hacia atrás. Siguió al Citroën cuyo guardabarros había abollado. No era gran cosa, pero tenía que pasar por el planchista para recuperar su primitivo aspecto.

El desconocido del Citroën la precedió hasta la entrada de la ciudad y allí se estacionó junto a una acera. Ella hizo lo mismo y él se apeó, acercándosele.

—Bien, preciosa, ¿qué ha ocurrido?

—¿Qué ha ocurrido? —repitió ella, como desconcertada.

—No te hagas la tonta. Lo que tienes en el cristal no te lo has hecho chocando conmigo, eso es un balazo y ahí abajo tienes otro agujerito en la plancha. Supongo que no será un desagüe...

Ella miró los orificios y luego al hombre que le pareció muy alto, joven, fuerte e incluso atractivo.

—Y usted, ¿quién es?

—Me llamo Xavier y arreglo televisores, videos y lo que se presente; soy ingeniero electrónico.

—Usted, usted, ¿no es de ellos?

—¿De ellos, de quiénes, de los que han jugado al tiro al blanco con tu coche?

—Es que no sé qué ha sido. ¿Habrán tratado de atracarme?

—¿Por qué no llamas a la policía? —preguntó él con mucha intención.

—Soy periodista y si voy a la policía dirán que me he metido en algún lío y...

—¿Te van a dismantelar un reportaje que tienes entre manos?

—Eso es.

—Pues si no quieres que la policía te haga preguntas, será mejor que escondas el coche. Esos agujeritos van a llamar la atención de los gendarmes.

El propio Xavier escondió el cristal roto por el palazo, haciendo girar la manecilla para bajarlo.

—Por lo menos, ahora parece menos reclamo —miró el guardabarros de su propio coche y opinó—: No es grave, dejaremos los papeles para otro día, un amigo me arreglará esto.

—¿Y el otro agujero? —preguntó Cybèle, mirando el balazo de la plancha.

—Un momento, no te muevas.

Xavier fue a un quiosco cercano y al poco regresó con un adhesivo que pegó sobre el agujero, haciéndolo desaparecer.

—Me parece que está un poco bajo para ser estético, pero ¿qué importa?

—Sí, el agujero queda tapado, pero eso es un conejo —Cybèle lo señaló con el dedo.

—Sí, un conejo, lo propio para el coche de una chica, ¿no? —y se rió francamente—. ¿Quieres que te lleve a alguna parte?

—No, no hace falta —respondió la joven que, de pronto, sintió que le temblaban las piernas.

—De acuerdo, te irás en tu propio coche, pero ahora iremos a aquel bar y nos tomaremos un café con coñac, creo que te hace falta.

Cybèle se dejó llevar, se sentía como anonadada, aún no había asimilado lo ocurrido.

No comprendía bien lo que había pasado, todo había sido muy rápido y ahora se vela en la terraza de una cafetería tomando un coñac y un café con un desconocido que se dedicaba a arreglar las

averías de los televisores y videos.

—Toma mi tarjeta, Tele-Maison es la tienda, no es mía, ¿sabes? Pero aquí detrás te anoto mi teléfono particular, por si quieres llamarme. Soy un tipo optimista y de los que piensan que todo, menos la muerte, tiene solución.

—La muerte, la muerte, la muerte... —musitó ella una y otra vez.

—Anda, tómate el coñac, va bien para el susto. ¿De verdad no sabes quién te ha disparado?

—Te juro que no.

—¿No me das tu número de teléfono? Ya ves, no te pido tu dirección, sólo tu número para mañana poder preguntarte si estás bien.

Cybèle sacó una tarjeta y se la entregó al joven mientras ella guardaba a su vez la que Xavier acababa de darle.

Cybèle apenas articuló un «adiós» y un «gracias» antes de alejarse, dejando al desconocido en la cafetería.

Regresó a su pequeño coche y miró la etiqueta que ocultaba el agujero de bala. Se volvió hacia la terraza del bar como para mirar una vez más a aquel desconocido que parecía saber resolver de inmediato cualquier papeleta difícil. El, desde su silla, le hizo un gesto de saludo con la mano.

Sin responder, Cybèle se metió en su cochecito y lo puso en marcha.

Rodó por el gran París como si no supiera adonde ir, como si fuera un turista recién llegado a bordo de su automóvil, indeciso sobre la dirección a seguir, hasta que decidió lo más sencillo que fue dirigirse a su apartamento.

Metió el coche en el *parking* subterráneo. Por inercia, quiso subir la ventanilla, pero al ver el agujero del balazo, se estremeció.

Cogió un trapo, se envolvió la mano con él y acabó de romper el cristal, ya se lo pondría en cuanto pudiera. Iba a salir del coche cuando descubrió la maleta de Reynolds.

El yanqui había lanzado su pequeña maleta marrón oscuro al interior del auto. La cogió con cuidado, recelosa, y la sacó del vehículo.

La examinó con atención y descubrió dos agujeritos que se disimulaban gracias al oscuro color de la maleta. Quedó unos

instantes pensativa y al fin optó por meterse en el ascensor y subir a su apartamento, un piso moderno que no tenía más que una salita con media cocina, un cuarto de baño y una habitación que no permitía hacer filigranas con los muebles debido a sus dimensiones reducidas.

Dejó la maleta sobre la cama y se la quedó mirando con mucha atención, sin haberse despojado aún de la gabardina negra.

«Cybèle, si te atrapa la policía, no sales de la cárcel en tu vida», se dijo.

Trató de abrir las cerraduras sin conseguirlo. Buscó la llavecita de una maleta suya, probó y los cerrojos se abrieron con suma facilidad.

Descubrió ropa íntima, dos camisas nuevas, una carpeta de piel con sobres, hojas y todo lo necesario para escribir. Revolió el contenido, allí estaban las señales de las balas cuando descubrió un paquete cuidadosamente envuelto, un paquete con dos agujeros que lo traspasaban por completo.

«Qué raro», se dijo.

Con renovado interés, comenzó a desenvolver el paquete hasta descubrir una cassette de video-color, pero dos proyectiles habían quedado incrustados en él.

CAPÍTULO II

La pantalla del pequeño televisor portátil a color parecía vibrar y el altavoz dejaba escapar un rumor que podía parecerse al batir de alas de miles de insectos al mismo tiempo. La pantalla estaba encendida, pero no llegaba la señal emisión, ni siquiera una carta de ajuste de la ORTF.

Cybèle estaba profundamente dormida en su amplia cama, pues no le agradaban estrechas.

El televisor colgaba del techo, de una barra que se deslizaba mediante una guía con ruedas de cojinetes para acercar o alejar el aparato a voluntad de la propia Cybèle.

No acostumbraba a tomar pastillas para dormir, no solía hacerlo porque sabía que podía crearle dependencia y además el sueño no era igual de satisfactorio; sin embargo, en algunas ocasiones, si se encontraba muy fatigada, con dificultades para dormir, sabiendo que si no descansaba estallaría tomaba un somnífero recetado.

Tras un día de nervios por causa de alguna noticia difícil precisaba descansar, relajarse. Resultaba paradójico, pero cuanto más cansada estaba, más le costaba conciliar el sueño. El timbre del teléfono sonó en la habitación como si hubieran ampliado su volumen miles de veces, en los oídos: de la dormida Cybèle sonó atronador.

Sin abrir los ojos, sin tener conciencia de que había despertado, se removió entre las sábanas. Cambió de postura deseó que el timbre del teléfono dejara de sonar, pero insistía una y otra vez, era como un bombardero en el que los obuses penetraban por sus oídos, perforando los tímpanos y estallando en su cerebro.

Parecía que el teléfono no iba a parar de sonar jamás, Con los ojos cerrados, tanteó con la mano hasta encontrarlo y se lo llevó a la oreja. El diabólico timbre dejó de molestarla.

Cybèle tenía deseos de gritar, de insultar a quién la había

despertado, arrancándola de la profundidad de sus sueños. Pero su voz, en vez de salir agresiva por entre los labios, brotó quejosa, desvalida, tenue y casi ininteligible, como si estuviera algo bebida.

—Diga, ¿quién llama?

—Hola, Cybèle. Estaba seguro de que te despertaría —le dijo una voz segura, casi jovial y con un tono profundamente masculino que la envolvió como una sábana con calor humano.

—¿Quién eres, por qué llamas?

—Soy Xavier.

—Lo siento, no conozco a ningún Xavier. —Y colgó.

Cybèle se hundió de nuevo entre las sábanas. Aún no había despegado sus párpados ni tenía ganas de hacerlo. En su subconsciente aleteaba la idea fija de que aún debía de dormir siete u ocho horas más.

La tortura se reanudó. El timbre del teléfono la bombardeó de nuevo, haciéndola agitarse dentro de la cama. Se sentó y haciendo un esfuerzo nada habitual, logró abrir los ojos, y los abrió tanto y tan de golpe que le dolieron.

Se quedó mirando fijamente la pantalla del televisor que estaba en marcha. La noche anterior se había dormido sin tener tiempo de desconectarlo.

—¿Qué diablos quieres, eres un psicópata del teléfono?

—Soy Xavier. ¿No te acuerdas del aeropuerto?

De pronto, en su mente en blanco aparecieron imágenes, fue como si el abigarrado tráfico de L'Etoile se metiera por sus ojos dentro de su cráneo, inundándolo de imágenes que la fustigaban, coches y más coches que iban a arrollarla. Incapaz de resistir, se dejó caer hacia atrás y la almohada detuvo su espalda.

—Sí, sí ahora recuerdo.

—¿Vives sola?

—Sí —respondió mecánicamente, todavía bajo el efecto del somnífero e incapaz de dar una respuesta calculada, astuta o maquiavélica.

—Sólo tengo tu teléfono, dame tu dirección que paso a verte y mientras, prepárame un café. Me gusta corto, a la italiana. Yo no soy francés, ya lo habrás notado.

Cybèle se metió bajo la ducha. Se cepilló el pelo, se cubrió con una bata y en aquella media cocina que poseía su apartamento,

comenzó a preparar un café utilizando una cafetera eléctrica que hacia la infusión y además la conservaba caliente.

El llamador musical le impidió sentarse en una silla.

Fue a la puerta y allí estaba él, se había saltado la barrera del portero electrónico, demostrando que aquel artilugio servía de bien poco.

—Bueno, ¿me dejas entrar? —preguntó él, sonriente.

Cybèle le vio más alto, más ancho de espaldas y, sin embargo, parecía delgado. Tenía el cabello lacio color castaño brillante y sus ojos chispeaban con cierta malicia erótica sazónada con un mucho de cinismo.

—Pasa.

—Hum, huele a café. He tomado ya unas pastas, no he venido a vaciarte el frigorífico. Dormías, ¿verdad?

—Sí, dormía, ¿es que no tengo derecho a dormir?

—¿Sabes qué hora es?

—No.

—Son las nueve menos diez de la mañana, a esta hora suelo trabajar con los aparatos que me dejan en el taller. Por cierto, oigo un ruido que... —fue al dormitorio de Cybèle y desconectó el pequeño televisor—. Si lo tratas así, te va a durar poco.

—Me he olvidado —le sirvió el café y luego preguntó—: ¿Eres mi padre?

Xavier había dejado sobre la mesa unos cuantos periódicos enrollados. La muchacha se sentó al otro lado de la mesa y tomó también café.

—¿Has traído la factura del arreglo del guardabarros?

—No seas inocente, Cybèle, eso lo he arreglado yo mismo. En cuanto a la pintura, ya lo solventaré otro día. ¿Qué sabes del fiambre del aeropuerto?

—¿De qué fiambre hablas?

—No te hagas la sueca. ¿Quieres que llame a la policía? Si lo hago van a venir a interrogarte, el asunto está a punto de convertirse en un *show* internacional.

Cybèle suspiró y bajó la cabeza.

—Al hombre del aeropuerto alguien lo mató cuando iba a subir a mi coche. Yo tuve tiempo de escapar y eso fue todo.

—Eso es poco —puntualizó el joven.

—Vi el último noticiero de la noche. Ese hombre era americano y fue asesinado a tiros por atracadores o terroristas, todavía no se sabe.

—¿Sabes lo que dicen los periódicos?

—No he tenido tiempo de leerlos.

—*L'Aurore* dice que se trata de un nuevo y sangriento paso de la ultraizquierda. Asegura que la orden de asesinato partió de Moscú, que ha montado la trama internacional del terrorismo.

—Esa historia creo haberla oído antes...

—Sí, la hemos oído todos. En cambio, *L'Humanité* dice que ese hombre posiblemente pertenecía a los servicios de inteligencia de la NATO, que actuaba a doble baraja y que ha sido un ajuste de cuentas.

—¿Hay más noticias? —preguntó, sarcástica.

—*Le Combat* asegura que Reynolds es un hombre de la CIA que ha sido eliminado por sus excompañeros para evitar que escribiera un libro sobre la intervención de la CIA en determinados países. Mucho me temo que la verdad sólo la conocen quienes dispararon y tú.

—¿Yo, por qué yo?

—Es evidente que tú esperabas a ese hombre en el aeropuerto y cuando iba a subir a tu coche, le mataron; también dispararon contra ti, pero pudiste escapar. ¿Quién era ese hombre? No me digas que era tu amante porque no me lo voy a creer.

—¿Ah, no, por qué, tan fea soy?

—Todo lo contrario, eres preciosa, pero él ya comenzaba a estar pasado de rosca.

—Y tú no, claro.

—Pues, aunque sólo sea por razón de edad, no.

—Mira, Xavier, olvida este asunto y olvídate a mí. Yo quiero seguir viva y supongo que tú también.

—Un momento, un momento. ¿No eres una periodista?

—Sí.

—¿A cuenta de qué periódico?

Soy independiente, lo que en América llaman *freelance*. La verdad, no hay puestos de trabajo para todos, por eso muchos nos desenvolvemos como independientes. El caso está en encontrar reportajes que se puedan vender bien, si no lo compra un periódico,

puede comprarlo una revista.

—¿Y si no?

—Pues, te lo comes, es decir, lo metes en el archivo. El que haya muchos independientes favorece a las empresas periodísticas, así disminuyen su plantilla y no pagan seguridad social y, entre nosotros, los periodistas independientes, nos hacemos la guerra para conseguir la noticia. No te puedes fiar ni de tu sombra. Si te descuidas, cuando «cubres» una noticia te la pisan y un mes que te quedas en números rojos —suspiró—. La verdad, no sé por qué te cuento todo esto.

—No te apures. Yo no he encontrado empleo en mi país como ingeniero electrónico y aquí tampoco; piden experiencia y no sé qué rollos más, y me gano la vida componiendo televisores. *Madame Antoinette* me paga bien porque sabe que lo que yo arreglo no se lo resuelve otro «técnico» entre comillas, de esos que van con el manual bajo el brazo, un manual que les han dado en un curso por correspondencia. Empiezan a pasar el destornillador por todas partes y hacen saltar chispas, lo que parece ser orgiástico para ellos. Vamos, que cambian una lámpara y se cargan un condensador. Cualquiera día me canso, monto mi propio laboratorio y comienzo a fabricar televisores de artesanía para sibaritas, a color y con video incorporado, a media y no sólo el mueble sino...

—Basta, basta, eres un torbellimo.

—Te contaba todo esto porque todos tenemos apuros para salir adelante y más cuando uno es extranjero como yo.

—Yo no soy xenófoba y además, París tiene más extranjeros que franceses y ya ves que no digo parisinos. Esto es la Torre de Babel, con una variante.

—¿Cuál?

—Que la mayoría habla en francés.

—¿Me he de reír?

—Haz lo que quieras.

—Oye, el café está bueno. ¿Lo haces siempre así?

—Pues, no, acabo de estrenar la cafetera.

—¿Y me has utilizado a mí para la prueba?

—Como no tengo gato.

—Entiendo. En fin, el café está bueno, menos mal que no has molido cacao.

—¿Por qué?

—No habría sabido a café.

—Oye, ¿por qué no hablamos en serio?

—De acuerdo.

—¿Qué es lo que buscaba?

—Tú estás en apuros y yo tengo el *hobby* de ayudarte. Andar todo el día entre transistores es muy aburrido, necesito cambiar, hacer algo divertido.

—¿Te das cuenta de que siendo extranjero, Si descubren que tienes algo que ver con el asesinato del estacionamiento del aeropuerto lo vas a pasar mal?

—Yo no conocía a aquel hombre, sólo trato de ayudar a alguien, a ti.

—No necesito tu ayuda.

—En ese caso... —se levantó—. Gracias por el café. Te dejo los periódicos para que te rías de lo que dicen sobre el muerto, ya que sólo tú conoces la verdad y si no has dado la noticia a alguna redacción es que hay algo gordo detrás de la muerte del yanqui.

Cybèle lo dejó ir hasta la puerta, pero entonces le llamó.

—Espera, espera... ¿De veras eres bueno con la electrónica?

—Por lo menos me lo creo yo y si mi madre viviera, también.

—Tengo algo difícil para solucionar.

—¿Y qué es?

Se levantó, fue a su habitación y regresó con la cassette que entregó a Xavier.

—¿Puedes hacer que esto funcione?

Lo pinzó entre sus dedos y comentó:

—Es una cassette para video.

—Sí, eso está claro —replicó, irónica.

—Los agujeritos parecen balazos.

—Los plomos están dentro, por lo visto habían perdido ya fuerza, antes de traspasar el cuero de la maleta, ropa y no sé qué más, quizá hasta la plancha de mi coche.

—Me temo que está inservible.

—No estoy segura, pero pudiera ser que lo que contiene esta cassette para video sea muy importante.

—¿Era de él?

—Sí.

—¿Por qué no se lo entregas a la policía?

—Porque antes quiero saber lo que contiene.

—¿Y qué imaginas que puede ser?

—Lo ignoro, mi amigo no tuvo tiempo de contármelo, lo mataron a tiros antes de que hablara, pero me dijo que traía algo muy importante para mí.

—Eso quiere decir que te quedaste con la maleta del muerto.

—Ajá, *mon ami*, has dado en la diana.

—La policía estará buscando el equipaje del muerto y me imagino que los hombres de la embajada americana, también Es posible que la CIA esté tras ella.

—Todo puede ser.

—¿Te das cuenta del peligro que corres?

—Si de todo esto saco un buen reportaje y al mismo tiempo denuncio a los asesinos de Reynolds, no me importa acabar en presidio.

Xavier volvió a mirar la cassette y dijo:

—No te garantizo nada, pero haré lo que pueda. Las balas pueden haber destrozado la cinta.

—Haz lo que puedas, a mí me va a estallar la cabeza. ¿Te he dicho que tengo miedo?

—No, pero lo supongo.

—Si sacas algo concreto de esto y me va bien, te pagaré cien mil dólares por el arreglo.

—¿Cien mil dólares? —silbó de estupor—. ¿Qué hay aquí dentro, los planos de la bomba de neutrones para vendérsela a los rusos o a los chinos?

—Te juro que no lo sé, pero si sale mal, si no hay reportaje, no te daré ni un céntimo.

—No te apures, me conformaré con pasar una noche en tu cama.

—Oye, yo no te he prometido semejante cosa.

—Está bien, está bien, ya hablaremos de ello. Por cierto, si me has de pagar, ¿desde dónde me pondrás el giro, desde la cárcel de mujeres?

CAPÍTULO III

Las conversaciones de aquellos hombres concluyeron cuando se vieron los posos en las tazas de café.

—Ha sido un espléndido almuerzo de negocios —opinó míster Mayer.

El grupo de hombres, todos de cuello blanco y gemelos de oro y brillantes, sonrieron. Guardaron sus portafolios y sintieron en sus cuerpos la agradable sensación de haber almorzado bien y bebido mejor.

—Si ajusta un poco más sus precios, míster Mayer, creo que llegaremos a un entendimiento —dijo el representante alemán con su marcado acento, hablando en francés, un idioma que no era el materno de ninguno de los dos hombres.

—Se ajustarán los precios en lo posible, pero no pidan que renunciemos a nuestras ganancias —replicó míster Mayer mientras llevaba un cigarro a sus labios.

Estuvieron charlando un poco más. Míster Mayer pasó su portafolios a su secretario Daniev, un hombre delgado y bajito con una calva impresionante que ocultaba bajo un sombrero comprado en Manchester.

Daniev vela a través de unas gafas de cristales redondos montados en platino. Llevaba un bigote muy recortado y vestía impecable, lo mismo que míster Mayer. Lo que Daniev no hacía jamás era comer y beber en los almuerzos y cenas de negocios en las que participaba míster Mayer. Él era el cerebro sin intoxicar, un cerebro listo para calcular, valorar, para sacar datos de su memoria e incluir nuevos datos en ella. Daniev comía a otras horas y de forma frugal, rápida.

Míster Mayer era un sujeto sanguíneo, fuerte, alto y recio, parecía capaz de resistirlo todo y aunque se bebiera una botella entera de Veure Clicquot no se ofuscaba, no perdía detalle ni era

fácil engañarle. Gustaba de comer y beber muy bien y podía permitírsele a juzgar por el lujo en el que vivía.

Un Rolls-Royce de color gris perla, con cristales polarizados, aguardaba en el estacionamiento. Daniev se encargó de dar aviso en clave por un micro walky-talky de considerable alcance y el Rolls-Royce apareció en la puerta conducido por Franz que además de chófer era el guardaespaldas personal de Mayer.

Franz media dos metros y pesaba noventa y nueve kilos. Era capaz de derribar una puerta de un puñetazo y, por si fuera poco, era karateca cinturón negro tercer Dan. Resultaba un hombre mortífero, aunque no llevase armas encima.

Míster Mayer dio una ojeada a su reloj de cristales líquidos y ordenó:

—Boulevard Haussmann, allí hay un quiosco, ya te avisaré.

El chófer obedeció y terminó deteniéndose justo ante el quiosco de venta de periódicos que acababan de indicarle. Nada más abrir la portezuela, un hombre se filtró dentro del lujoso automóvil.

—Sigue, Franz, es bueno pasear por el Bois de Boulogne después de almorzar. No vayas aprisa.

El guardaespaldas asintió con la cabeza y prosiguió la marcha.

El hombre que acababa de entrar en el automóvil no vestía tan elegante como ellos. Sólo mirarle a la cara se detectaba que era norteamericano y su acento yanqui al hablar francés resultaba casi chirriante.

—¿Ha almorzado bien, míster Mayer?

—Sí, muy bien, pero no gasto mi dinero para que me pregunten estupideces.

El americano Harris carraspeó y miró de reojo a míster Mayer. Daniev iba sentado delante junto al chófer y la diferencia morfológica entre ambos personajes era sencillamente brutal.

—Reynolds ya no será un problema.

—Eso ya lo sé, Harris —respondió míster Mayer mientras el Rolls-Royce rodaba por el centro de París a la búsqueda del Bois de Boulogne, de su oxígeno, de su atardecer húmedo, de sus sombras, de sus prostitutas cocheras—. Sin embargo, el trabajo no ha sido perfecto.

—No sabíamos que Reynolds tuviera un contacto en París.

—Debía haberlo supuesto, Harris, debía haberlo supuesto.

—Después de que Reynolds cayera, la chica escapó y el equipaje que la policía busca debe tenerlo ella.

—¿Quién es esa mujer?

—Lo ignoramos. Su utilitario recibió algunos agujeros.

—¿Quedó herida?

—No, y parece ser que había un tercer contacto.

—¿Un tercer contacto? —gruñó Mayer haciendo un gesto de preocupación.

—Es una suposición, lo que si tenemos es el modelo, el color, la matrícula del coche y la descripción de la chica.

—Déme los datos.

Harris, que ya los tenía preparados, le entregó una tarjeta en blanco en la que sólo constaban los datos que se le exigían.

—Es conveniente hacer esta gestión de forma que los de la PJ francesa y los del servicio secreto francés no se huelan nada.

—¿Ha pasado por la embajada?

—Sí.

—¿Y qué se dice allí?

—Se ha sabido que Reynolds fue de la CIA. Estarán esperando órdenes de Washington.

—Se ha montado un buen circo. Supongo que la policía francesa dirá que la muerte de ese americano es cosa suya, ya que ha sido asesinado en suelo francés y además no era diplomático.

—Creo que Washington y París llegarán a un acuerdo para echarle tierra el asunto.

—¿Se encargará la CIA de esta investigación?

—Harris se encogió de hombros y terminó diciendo:

—No creo que el gobierno francés lo permita.

—Tengo mucho dinero invertido en este asunto y no admitiré torpezas. Hay que quedarse lejos de la policía francesa, no quiero que se estropee nada. Todo está funcionando perfectamente hasta ahora, mi plan saldrá adelante.

—¿Y esa mujer?

—Debe ser eliminada de forma discreta.

—¿Y para encontrarla? París es muy grande.

—Tengo contactos. Daniev hablará con el hombre que nos dirá a quién corresponde la matrícula de ese coche. Hay que dar con ella antes que la policía.

—¿Será suficiente con eliminarla?

—Sí, será suficiente. Le llamaré por teléfono.

—¿Y el desconocido que habló con la chica?

—Mantengan una vigilancia discreta. Si le identifican, síganle, vean a qué se dedica, a quién conoce, con quién se comunica.

—¿Y luego?

—Yo soy el que da las órdenes. Hay mucho dinero en este asunto, pero tampoco se trata de despoblar París. La chica es distinto; si ella tiene el equipaje de Reynolds es que algo tenía que ver con él. Por cierto, hay que recuperar el equipaje y ver qué llevaba en él. El muy estúpido podía haber hecho chantaje, podía haber pedido varios millones de dólares.

—¿Y se los hubiera dado? —quiso saber Harris.

—¿Darle? —repitió, como sorprendido—. No, claro que no, pero así lo hubiera eliminado sin darle tiempo a relacionarse con nadie más. La verdad, me intriga el plan que Reynolds tenía inmente, claro que ya no nos lo podrá contar, está en la Morgue y le han hecho la autopsia. Qué estupidez, total para decir que lo han asesinado de tres tiros... ¡Daniev!

—¿Sí, míster Mayer?

—Sales de frutas...

—Sí, míster Mayer.

Y abrió el pequeño bar que el Rolls-Royce llevaba incorporado.

CAPÍTULO IV

El automóvil se detuvo en una calle amplia del barrio suburbial, uno de tantos barrios dormitorio nacidos en la periferia de París, donde se suponía que se podía dormir mejor con más oxígeno y menos contaminación.

Lo malo, para quienes tenían que acudir al centro a trabajar, eran los desplazamientos diarios con los consiguientes embotellamientos de tráfico. Los trenes de cercanías también ayudaban al traslado de aquellas gentes que habían huido del gran París más por los precios prohibitivos de los apartamentos que por respirar aire puro. Sólo eran baratos los apartamentos en los que con una costosa decoración y fuerte iluminación se pretendía enmascarar la realidad y que eran contratados por los numerosos proxenetas que controlaban el negocio de la prostitución, mujeres de todas las razas, de todos los países, de todas las alturas y pesos, además de la numerosa población gay de Pigalle que vivía de su desviación convirtiéndola en negocio.

Vie reía con facilidad. No era ninguna muchacha, pero resultaba jovial. Se maquillaba mucho y utilizaba pelucas, su cabello original no le gustaba demasiado y lo llevaba muy corto.

El hombre le puso la mano entre los muslos y presionó mientras buscaba su boca para besarla.

—¿Cuándo nos volvemos a ver, Vie?

—Cuando tengas el depósito lleno otra vez —y se echó a reír.

—La verdad es que tú eres una experta en ponerlo a cero.

—Anda, suelta los billetes, que estoy muy cansada, no me tengo en pie.

El hombre abrió su cartera, sacó dos billetes de quinientos francos con la efigie de Molière y se los entregó.

—Me sales más cara...

—Todos los hombres decís lo mismo. Y tu coche, ¿qué no te sale

caro?

Vie alargó la mano y sus dedos expertos apretaron justo donde debían. El hombre se puso pálido y dio un pequeño aullido, lo que ella aprovechó para salir del coche.

—*Adieu, mon chéri!*

El conserje del edificio no estaba tras el pequeño mostrador de madera, su horario laboral no había comenzado aún. El portal del vestíbulo estaba abierto, Vie se encogió de hombros y tomó el ascensor, subiendo hasta el quinto piso, donde tenía su apartamento.

Introdujo la llave y abrió con suma facilidad. A la cerradura le faltaban dos vueltas, pero pensó que se había olvidado.

Entró, encendió la luz y descubrió a un hombre que vestía cazadora de piel negra sentado en una butaca.

—Eh, ¿qué haces aquí?

La puerta se cerró a su espalda. Se volvió y vio a otro individuo que acababa de cerrar la puerta y que la sorprendió con una navaja desnuda de grandes dimensiones e impresionante aspecto.

—Si gritas, te hago tantos cortes en la cara que no te la va a remendar ni el cirujano plástico de la Taylor.

—¿Qué queréis?

—Divertirnos un poco.

—No te jode... Estoy cansada, ya he aguantado toda la noche a un cabrito, sólo me faltaría soportar a dos más.

El tipo que tenía la navaja presionó la hoja sobre el cuello femenino y el que continuaba sentado dijo:

—Cuidado, no te precipites. Si se pone tonta, la transformamos en la monstruo de París.

—Tengo un poco de dinero en el bolso, cogedlo y lleváoslo.

—Espacio, espacio —le dijo el que seguía sentado. Ambos eran desconocidos para Vie. Aquellos sujetos tenían una forma de mirar y hablar que no la tranquilizaban en absoluto.

—Queremos divertirnos un poco. Anda, desnúdate.

Alargó su mano y puso en marcha una cassette con música propia de un club de *strip-tease*.

—Mira que sois guarros... ¿Por qué no vais a Montmartre o a Pigalle para que os den por dónde os gusta y así os compensáis?

—Desnúdate sin brusquedades o René empezará a mover el

bisturí. Es un artista cortando, en pocos segundos te deja que no te reconoce nadie.

—Está bien, pero me cago en vuestra madre.

Ellos rieron frente a su víctima.

Vie comenzó a desnudarse hasta quedar en bragas y sujetador.

—¿He de seguir? —preguntó fría y molesta, pasándose la mano por la garganta, donde la navaja había hecho una ligerísima puntada para intimidarla.

—Quítate el sujetador. Tienes unos pechos de fábula.

Resoplando, se quitó el sujetador y lo arrojó lejos.

—Ya está.

El que estaba sentado, tomó una botella y llenó un vaso que había sobre la mesita. Era coñac, pero el vaso tenía más de un cuarto de litro de capacidad.

—Anda, coge el vaso y bebe.

Vie apretó los labios y miró a uno y a otro con rabia.

—No beberé.

—Peor para ti. René, córtale una orejita para comenzar.

René, riéndose, preguntó:

—Y si grita, ¿qué hago?

—Yo le tapo la boca a puñetazos, luego la amordazamos y le cortamos la otra oreja. Y eso sólo será el comienzo...

—¡Oh, qué divertido!

—Está bien —suspiró Vie—. Por lo menos, borracha no me enteraré de vuestras sádicas guarradas. Espero que cualquier día os cacen, os lleven a la cárcel y allí os podáis ganar los bocadillos vendiendo vuestro trasero.

—Tiene nervio la tía —se rió René.

Vie, vestida solo con las bragas, con un collar al cuello y calzada con zapatos dorados de altísimo tacón, se acercó a la mesita, tomó el vaso y comenzó a beber. Cerró los ojos y deseó beber, beber para embriagarse tanto que no se enterara nada.

Sabía que ante aquellos criminales sádicos no tenía escapatoria. Si buscaban diversión, no entendía por qué complicarse tanto la vida. Después de todo, ella no podía presumir de mujer virgen ni de honesta en el estricto sentido de la palabra. Vivía su vida y si le salían algunos asuntejos extras, los tomaba sin problemas de remordimientos posteriores.

Durante la noche había bebido champaña. Ahora, el coñac era como un ácido resbalando por su esófago.

Poco a poco, comenzó a perder la conciencia mientras escuchaba risitas que se disolvieron hasta dejar de oírlas.

CAPÍTULO V

Cuando Cybèle salió del ascensor pudo oír con mucha claridad gritos de protesta de una mujer, protestas que venían del piso de abajo, el cuarto. Eran quejas de vecindad, con amago de insultos.

Cybèle, pensando que con ella no iba aquel asunto, se acercó a la puerta y pulsó el llamador musical que sonó perfectamente, más nadie acudió a abrir la puerta.

Descubrió entonces que el suelo estaba empapado de agua y no era porque hubieran fregado. El agua salía por debajo de la puerta de entrada de aquel apartamento.

Nerviosa, preocupada, insistió en la llamada cuando aparecía la vecina del piso de abajo despotricando, casi señalándola a ella con su dedo acusador.

—¡Me han manchado todo el techo, van a tener que pagarme la pintura, la decoración!

—Habrá quedado algún grifo abierto —respondió Cybèle en tono conciliador.

—Pues claro que es un grifo abierto, en mi casa está todo el techo mojado.

—Pues ella parece que no está en el apartamento.

—Ya he llamado al conserje, esto es inaguantable.

El conserje subió en el ascensor, examinó el suelo y opinó:

—Esto es que ha quedado un grifo abierto.

La vecina del cuarto puso sus ojos en jarras y se echó a reír.

—Muy bien, comisario Maigret, muy bien, ha dado usted con la pista —y volvió a reír histéricamente.

—He cerrado el agua desde los contadores de planta, ya no saldrá más.

—Y la que ya ha salido, ¿qué hago, me la bebo? —preguntó aquella mujer de actitudes histriónicas.

—Puede haberle ocurrido algo a *mademoiselle* Vie —observó

Cybèle.

El conserje se pinzó la nariz con el pulgar y el índice en actitud pensativa y luego dijo:

—Esto lo arreglo yo pronto, pero no se muevan de aquí, por favor, es por si *mademoiselle* Vie aparece.

Cybèle se sintió incómoda, pero no se atrevió a marcharse entre otras cosas porque la vecina perjudicada por el derrame de agua semejaba cortar el paso y responsabilizarla a ella de lo ocurrido mientras no apareciera Vie, lo cual era absurdo, pero a aquella mujer parecían saltarle los ojos de sus cuencas y tenía que volcar su cólera en alguien y la persona que tenía más cerca era Cybèle.

Cybèle no controló el tiempo, pero le pareció una eternidad lo que el conserje tardó en regresar, Mientras tanto, habían llamado varias veces al pulsador musical sin obtener respuesta alguna; también habían oído sonar el teléfono en el interior del apartamento.

—Seguro que no está —musitó Cybèle.

—Ésa me va a oír... La agarraré por los pelos y la arrastraré escaleras abajo.

Cybèle pensó que aquella mujer era una energúmena y no le agradaría en absoluto tenerla por vecina y mucho menos bajo su propio apartamento.

La puerta del ascensor se abrió, dando paso al conserje y a dos gendarmes.

—Un momento —dijo uno de los gendarmes—. Lo preceptivo es llamar primero con insistencia.

Llamaron mientras la vecina del cuarto rezongaba sarcástica:

—Si está, es que ya no oye.

—Abra usted, por favor —ordenó otro de los gendarmes al conserje—. Es un caso de emergencia, ustedes son testigos.

Cybèle asintió maquinalmente con la cabeza y la otra mujer puntualizó:

—Yo soy la víctima, mi apartamento está hecho una mierda.

—Por favor, *madame*, conserve sus modales —exigió el gendarme.

La mujer, bufando, se cruzó de brazos mientras el conserje abría la puerta con una llave maestra. Los policías ordenaron:

—Ustedes aguarden aquí fuera.

Al poco, volvían a salir; su semblante era preocupado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Cybèle.

—*Mademoiselle*, la bañera se ha llenado y una peluca obturaba el desagüe de nivel —le dijo—. No se muevan de aquí por favor.

Un gendarme se quedó con ellas, custodiando la puerta y al mismo tiempo impidiendo que se fueran.

—Pero ¿qué es lo que ha sucedido? —insistió Cybèle.

—Lo siento, *mademoiselle*, no puedo decir nada, son órdenes —respondió el agente que custodiaba la puerta abierta.

—Está ahí dentro, ¿verdad? Esta ahí...

—Lo siento, *mademoiselle*, no puedo decir nada.

Aquel gendarme casi parecía un robot con una respuesta grabada.

Al poco, oyeron ulular sirenas de ambulancia y policía y se presentaron más hombres y dos mujeres de uniforme. El ascensor subió a varios policías mientras una ambulancia aguardaba abajo.

Un individuo que llevaba un traje que se notaba algo brillante en codos y piernas entró en el apartamento mientras los demás se hacían a un lado. No era joven, rondaría los cincuenta años y sus ojillos eran pequeños y vivaces. Cybèle hubiera jurado que usaba lentillas.

Al poco, volvió a salir. Se enfrentó con el conserje y preguntó:

—¿Usted está a cargo del edificio?

—Sí claro.

—Disculpen, soy el comisario Bernard. ¿Y usted, quién es? —preguntó a la mujer del cuarto piso.

—Soy la vecina de abajo, que tiene el techo mojado. ¿Ha pasado algo malo?

—¿Por qué cree que ha pasado algo malo, *madame*?

—Pues, porque hay mucha agua.

—Eso ha sido la bañera, *madame*. Vaya a su apartamento luego la interrogaremos.

—¿Y quién me pagará la pintura?

Madame, ya hará su reclamación con la consiguiente denuncia, ahora váyase. Inspector, tómeme la filiación.

—Sí, señor comisario.

—Caramba, casi parezco una criminal... —y se alejó protestando por lo bajo.

El comisario clavó entonces sus ojos en Cybèle, podía decirse que se había fijado en ella la primera, pero la había reservado para el final.

—¿Y usted quién es?

—Cybèle Donais.

—¿*Mademoiselle* o *madame*?

—*Mademoiselle*.

—Bien, *mademoiselle*, usted no vive en este edificio, ¿verdad?

—No, no vivo aquí.

—¿Puede decirme entonces qué hacía aquí?

—He venido a ver a mi amiga Vie y me he encontrado con el charco de agua y la vecina gritando.

—¿Conocía bien a *mademoiselle* Vie?

—¿Conocía? ¿Está muerta? ¡Dígamelo!

—Pase, pero no toque nada.

La condujo hasta el cuarto de baño y señalando la bañera, preguntó:

—¿Es ella?

Cybèle miró y luego cerró los ojos despacio. Tuvo un ligero vahído, pero se sobrepuso; sin volver a abrir los ojos asintió con la cabeza.

—Bien, salgamos. De momento, ha servido usted como testigo de reconocimiento.

Cybèle sintió que su mareo aumentaba y tuvo que sentarse en una butaca que quedaba a su alcance.

—*Mademoiselle*, le daría algo para tomar de aquí, pero es mejor que no toquemos nada, todo ha de ir al laboratorio.

—¿Qué cree que ha ocurrido, comisario?

—He visto muchos sucesos parecidos. El apartamento no ha sido revuelto, la cama no ha sido tocada, en el suelo están las ropas de la víctima y hay un vaso y una botella de coñac. La víctima, a simple vista, no presenta señales de violencia y en principio, parece que no falta nada. La autopsia aclarará más las cosas, posiblemente haya ingerido una sobredosis de alcohol y alguna droga, quizá un somnífero. Después se metió en la bañera y abrió el grifo, perdió el sentido y el nivel del agua fue subiendo.

—¿Suicidio?

—Casi seguro y digo «casi» porque el caso no está cerrado, acaba

de abrirse. Nos iría bien que usted nos contara un poco la clase de vida que hacía su amiga, por supuesto que con su versión no nos vamos a conformar, por ello le pido que diga la verdad. Cuantas más cosas nos diga, menos tiempo perderemos en un caso que parece muy claro.

—Vie, pobre Vie —se lamentó Cybèle. Inclino la cabeza hacia adelante, la sujetó entre sus manos y se puso a sollozar convulsivamente.

CAPÍTULO VI

El cristal del coche se lo cambiaron en pocos minutos en el taller de reparaciones y Cybèle tuvo buen cuidado de no mencionar el agujero de bala que ocultaba la pegatina de conejo.

Tele-Maison no era un gran establecimiento, pero sí parecía muy especializado en electrónica doméstica.

Cybèle entró, viéndose de inmediato rodeada de televisores, aparatos de alta fidelidad, radiocassettes. Una parte del comercio estaba dedicada a la venta de piezas de recambio.

Un muchacho joven atendía a un cliente dubitativo, pero al sonar la campanilla de la puerta apareció *madame* Antoinette.

Con él mostrador de por medio, Cybèle quedó frente una mujer alta, muy hecha, con algo más de diez kilos de peso que la muchacha. Era morena y de ojos grandes, calientes tenía labios gruesos y ademanes dominantes. Su cintura era relativamente estrecha comparada con la amplitud de sus caderas y el abultamiento de sus generosos pechos.

—Usted dirá, *mademoiselle* —le dijo, con una sonrisa muy comercial.

—Verá, yo quería hablar con Xavier.

Madame Antoinette torció el gesto, no pudo disimularlo, fue algo instintivo. Era como si acabaran de pisarle al mismo tiempo los dedos gordos de ambos pies.

—¿Qué sucede, *mademoiselle*, le están reparando algún aparato?

—Pues, sí —asintió Cybèle, dándose cuenta de que se había creado una rápida animosidad entre ambas—, él sabe de qué se trata.

—Mire, *mademoiselle*, si tiene algún lío con el operario de mi taller será mejor que lo olvide —silabeó en tono casi amenazador.

Cybèle se rebeló contra aquella mujer que, por su acento podía ser de Vichy.

—¿Es usted su esposa?

—No, pero Xavier trabaja para mí.

—¿En exclusiva?

—En lo que a mí me parece, porque yo le pago. ¿O acaso usted también le paga?

—¡Cybèle!

Xavier acababa de aparecer con un radiocassette en la mano que dejó sobre el mostrador.

—Xavier, venía a hablar contigo, pero por lo visto tu patrona no permite los diálogos en horas de trabajo.

Xavier lanzó una mirada entre desafiante y despreciativa a *madame* Antoinette; ésta la captó y sus manos se pusieron a temblar.

—Salgamos, Cybèle, ahora me contarás lo que sea.

—Xavier, estas horas son de trabajo y si te vas, te la descontaré.

—Antoinette, descuenta lo que te dé la gana, pero no me hagas decir algo gordo de lo que luego te arrepentirías le replicó, y luego condujo a Cybèle hacia la puerta.

Madame Antoinette cerró primero la boca mientras las aletillas de su nariz se movían al respirar con fuerza. Por lo bajo, comenzó a insultar repetidamente:

—Putas, putas, putas, putas...

Ya en la calle, Xavier inquirió:

—¿Qué ha pasado, Cybèle?

La joven llevaba las manos hundidas en los bolsillos de su gabardina negra. Avanzaron por la acera como si no tuvieran que ir a parte alguna, sin rumbo concreto.

—He ido a ver a Vie y estaba muerta en la bañera, desnuda, ahogada después de haber ingerido coñac en cantidad bestial y posiblemente alguna cosa más.

—¿Suicidio?

—El comisario Bernard así lo cree.

—¿Quién era Vie, aparte de amiga tuya?

—Pues eso, una amiga. En cierta ocasión trabajamos juntas, a ella la despidieron. Tuvo una crisis después de su divorcio y, ya sin empleo, se dedicó a vivir su vida a su manera, ya me entiendes,

tenía trabajos eventuales... En fin, para qué echar más lodo al asunto.

La apreciabas, ¿verdad?

—Sí, el utilitario que tengo se lo compré a ella, de segunda mano, claro. Me dijo que estaba harta de embotellamientos, de no saber dónde estacionarse, pero yo sabía que me lo vendía porque necesitaba dinero. De todos modos, a mí me interesaba la compra, el coche que antes tenía rodaba más tiempo empujado por los hombres que se prestaban a ayudar a una chica en apuros que por su propio motor. Me dieron cien francos por él, ya te puedes imaginar, me dio hasta vergüenza coger ese dinero.

—De modo que tú le compraste el coche a Vie.

—Sí, le pagué a plazos, no me hizo letras ni nada, éramos muy amigas, yo nunca le había fallado.

—Un momento, un momento... —pidió Xavier como si pusiera orden en su cerebro.

—¿Qué estás pensando?

—¿Habías hecho ya el papeleo oficial de compraventa del coche? Me refiero a si la documentación del coche estaba a tu nombre o al de ella todavía.

—Pues, ahora que lo dices, está a nombre de Vie. Lo retrasamos por el beneficio del seguro y por no perder tiempo en la gestoría.

Veamos, Cybèle, si los que mataron a Reynolds y trataron de eliminarte a ti vieron tu coche y tomaron tu matrícula...

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Si él o los asesinos buscaban a una mujer para silenciarla, conociendo el coche y su matrícula, irían a casa de Vie y no a la tuya, ¿verdad?

—Sí, claro, eso parece, pero Vie se ha suicidado.

—¿Estás segura? —interrogó Xavier, viendo un claro desconcierto en el rostro femenino.

—No es posible, no es posible.

—No podemos estar seguros, pero... Esos tipos, porque me da la impresión de que no es uno solo, querían eliminarte porque eres una testigo molesta.

—¿Y han confundido a Vie conmigo?

—Pudiera ser, lo que haría que, por el momento, tú estuvieras a salvo.

—*Mon Dieu, mon Dieu*, me siento culpable, culpable— musitó, abrumada.

—Tú no eres culpable, claro que podrías hablar con la policía y contarle todo lo que sabes.

—Si no sé nada...

—Sí, eso es lo malo y la policía no se lo iba a creer. La maleta de tu amigo hay que registrarla más a fondo, quizá lo más importante lo llevaba encima de su cuerpo y la policía ya lo ha descubierto.

—¿Qué crees que puedo encontrar?

—No lo sé, tú eres la reportera, pero algo te insinuaría el muerto, ¿no?

—No llegué a descifrar nada, lo llevaba muy en secreto.

—¿Y crees que en la cassette de video hay algo interesante?

—Lo ignoro.

—Está hecha un asco, ya he comenzado a abrir la caja. Si la policía me atrapa, me lleva a la cárcel por obstrucción de pruebas o me expulsa del país cuando menos.

—Y cuando saques la cinta, ¿qué harás?

—Es una labor de chinos, hay que sacar pedacito a pedacito porque el rollo está partido por las dos balas que permanecen incrustadas. Se va pegando pedazo a pedazo hasta formar un rollo nuevo que no será ninguna joya, claro, y se monta en otra caja. No puedo garantizar lo que saldrá de todo esto, tampoco sé si se podrá llegar a visionar. De todos modos, procuraré que no se estropee por si al final hay que entregarla a la policía.

—Si Reynolds me hubiera dicho algo...

—Cada vez estoy más convencido de que se trata de algo muy gordo.

—Lamenté mucho la muerte de Reynolds, pero Vie, Vie era mi amiga y que la hayan asesinado confundiéndola conmigo...

—Todavía no es seguro, pero cabe esa posibilidad. Eso te da tiempo para moverte, ya que te consideran muerta. Mientras, podremos averiguar algo. El primer paso es volver a revisar a fondo la maleta de Reynolds.

—¡Xavier, Xavier!

Ambos se volvieron, *madame* Antoinette estaba en mitad de la acera.

—¿Qué pasa?

—¡Es una urgencia, un televisor a color, tienes que ir a separarlo enseguida, es un buen cliente!

—Dile que se compre una caja de acuarelas y se vaya tintando la pantalla, hoy me tomo el día libre.

Cogiendo a Cybèle por la espalda con el brazo, reanudó su caminar, dejando atrás a la resoplante *madame* Antoinette.

—Xavier, ¿te has acostado con ella?

—¿Tendría eso alguna importancia?

Cybèle miró hacia lo lejos; el día era plomizo, quizá lo viera.

—No, no tiene importancia.

CAPÍTULO VII

El automóvil cruzó la población del Clermont-Ferrand y algo más lejos se salió de la carretera

N-89

para adentrarse en una pista particular que les condujo a un chalet cercado por una doble alambrada recubierta de setos que, a distancia, ocultaban la propia alambrada.

Daniev habló por su pequeño pero potente walky-talky cuando el Rolls-Royce llegó ante la verja de entrada, no tuvo ni siquiera que detenerse, la puerta se abrió sola y volvió a cerrarse tras el lujoso automóvil.

El chalet era de una planta y estaba cuidado por hombre y perros entrenados. En su apariencia externa, era una granja.

—Daniev, inspecciona la vigilancia de este chalet, no quiero puntos débiles.

—Lo inspeccionaré, mister Mayer —respondió Daniev obediente.

—Quiero un absoluto aislamiento de este lugar.

—Comprobé el aislamiento cuando levantaron el vallado y plantaron los setos.

—Bien, ¿y el aeródromo?

—Está a quinientos metros de la casa hacia el oeste, una doble hilera de árboles lo protege. Hay que venir por el aire para ver el campo que hemos convertido en pista. En realidad, parece un campo de golf.

—No estaría mal que lo marcarais como tal.

—Lo que usted ordene, mister Mayer.

—¿Y el hangar?

—Es el establo, convenientemente remozado.

—¿Cabe bien el aparato?

—Sí, justo, pero cabe. Está a salvo de miradas indiscretas, es un lugar perfecto.

—Trabajas muy bien, Daniev, estoy convencido de ello, pero como estoy invirtiendo tanto dinero, quiero estar seguro de todo.

Míster Mayer aguardó a que Franz le abriera la portezuela. Descendieron y se internaron en la casa, mitad chalet mitad granja. Quizá era una granja construida con la mentalidad de un hombre de ciudad que buscaba relajarse con el *hobby* de criar animales.

En su interior, el chalet era confortable, pero sin muestras de valor en su mobiliario y decoración. La chimenea-hogar giraba sobre sí misma al mover un aplique colgado en la pared.

La chimenea dejó visible un hueco con una escalera descendente.

Allí había luces en cantidad. Todo el sótano era un laboratorio perfecto, un laboratorio moderno para el estudio y la investigación biológica. No faltaba la renovación del aire, regulación de temperatura ni nada que pudiera hacer peligrar los cultivos allí existentes.

Tres hombres con bata blanca estaban trabajando en aquel sótano; eran científicos y se quedaron mirando a los recién llegados.

—Profesor Hummer...

—Míster Mayer —saludó el profesor, un sujeto alto y delgado, que lucía una perilla blanca y unas lentes de fuerte graduación. Sus dos ayudantes eran mucho más jóvenes que él.

—¿Cómo va todo por aquí?

—Bien, míster Mayer. Estamos haciendo investigaciones biológicas en formulación subcero.

—Me parece muy bien, hay que aprovechar el tiempo como precalentamiento, pero ha llegado el momento de comenzar a trabajar en serio.

—¿De verdad ha llegado ese momento?

—Así es, profesor Hummer —asintió míster Mayer con su voz profunda y dominante.

—¿Cuándo tendremos el núcleo biológico?

—Pronto, tan pronto que puede ser ahora mismo.

Míster Mayer sacó un cigarro que llevaba la vitola con su propio nombre. Cortó la punta y sacando también un encendedor de oro, preguntó:

—¿Puedo fumar aquí, profesor Hummer?

—Los que aquí trabajamos no fumamos por medidas de asepsia

y prevención, pero es una norma que usted, lógicamente, puede pasar por alto, en especial porque en estos instantes no hay ningún cultivo importante que pueda estropearse.

—De acuerdo, profesor.

Se sentó en una butaca que se hallaba frente a la mesa escritorio y de estudio del científico. Hizo que la llama prendiera fuego en el cigarro y tras dar una larga chupada, sabiendo que mantenía en tensión a todos, cogió el encendedor. Lo desmontó con habilidad y de su interior extrajo una cápsula cilíndrica que tendría un centímetro y medio de larga por medio de radio en sus respectivas bases.

—Aquí está, profesor.

—¿Seguro que es ésta? —preguntó el científico, emocionado.

—No lo dude, profesor Hummer. Esta cápsula tan pequeña, perfectamente sellada y liofilizado su contenido, me ha costado dos millones de dólares que he tenido que depositar en una cuenta cifrada en un Banco suizo.

El profesor Hummer se apresuró a tomar la pequeña cápsula y la depositó sobre una caja de cristal perfectamente esterilizada.

—Hay que tomar precauciones.

—Me complace saber que cuida usted mucho de su vida, profesor Hummer, porque es necesario que le recuerde que, si esa cápsula se estropea, usted no saldrá jamás vivo de este lugar. Yo no pago dos millones de dólares para que un error o una estupidez deteriore la mercancía.

—Sepa, míster Mayer, que tendré más cuidado con esta cápsula que con las niñas de mis ojos.

—Bien, a partir de hoy comenzará a trabajar con sus ayudantes. No quiero errores. El primer paso es multiplicar el contenido de esa cápsula en un millón de veces. Aquí dispone de todo, no hay nada que usted haya pedido que no se le haya traído y si necesita algo más, póngase en contacto con Daniev y él se lo facilitará. A partir de ahora mismo, cualquiera que entre o salga de este laboratorio pasará por la cámara del calor y permanecerá media hora en la sauna. Posiblemente rebajen unos kilos de peso durante este trabajo, pero les serán compensador con lo que les pago, y cuando pasen a la fase de disolución, quiero ser avisado.

—Trabajaremos con celeridad, míster Mayer.

—Celeridad, sí, torpeza, no. Posiblemente ya no podría volver a conseguir una cápsula como ésa.

—Todo saldrá a la perfección, mister Mayer.

—Eso espero, profesor. Dejo la cápsula en sus manos, no lo olvide. Me ha costado dos millones de dólares y yo los errores no los perdono.

Míster Mayer abandonó el chalet e iniciaron el regreso a París.

En el quiosco que les servía como punto de encuentro, el americano Harris subió al Rolls-Royce.

—¿Cuáles son los últimos informes que circulan por la embajada, Harris? —inquirió míster Mayer con su forma de hablar insolente y siempre dominante.

—Sé que la CIA va a intervenir, pero al margen de la policía francesa y los servicios secretos de este país.

—¿No se han puesto de acuerdo?

—No, míster Mayer. Creo que han mantenido fuertes discusiones al respecto, ya conoce el sentimiento francés de no dejarse dominar por el Tío Sam.

—Sí, el general De Gaulle ya dio buen ejemplo de ello. Bien, dejemos que sigan discutiendo si son galgos o podencos. Ah, aquí tiene la fotografía de la chica del aeropuerto.

Harris tomó la fotografía. Se podía ver a Vie, casi desnuda, caída en el sofá antes de que fuera introducida en la bañera.

—Me temo, míster Mayer, que ha habido un error.

—¿Un error?

Aquello le hizo enderezarse como si acabara de recibir un aguijonazo en la espalda. La palabra «error» no entraba en sus posibilidades de trabajo.

—Así es, míster Mayer. Ésa no es la chica del aeropuerto.

—¿Está seguro de lo que dice, Harris? No es lo mismo ver a una mujer vestida y huyendo nerviosamente en el aeropuerto que en esta fotografía que, por otra parte, no es demasiado buena.

—Míster Mayer, tengo muy buena vista, me precio de ello. ¿Por qué, si no, pude ver a distancia la matrícula del coche de la mujer?

—¿Me asegura entonces que esa mujer no es la que se encontró con Reynolds?

—Completamente seguro. En principio, la que yo vi, la que consiguió huir, era más joven.

—Harris, si ha habido un error, encárguese usted de enmendarlo. Daniev le proporcionará datos y también hombres, por si hay que exponerse. Los que se encargaron de esa mujer hicieron un trabajo muy profesional, la prensa ha calificado el hecho de suicidio, uno más; periodísticamente, la noticia no vale más de dos líneas, entre otras muchas que se pierden entre las páginas.

—¿Saben ellos que trabajan en un asunto grande?

—No, sólo son asesinos profesionales, no saben nada y es mejor que continúen sin saber. Si la policía les coge y les interroga no podrán decir nada. No me gusta correr riesgos innecesarios. Ahora, Franz, llévame al hotel, tengo que cambiarme para una cena de negocios...

CAPÍTULO VIII

—Hemos inspeccionado minuciosamente la maleta y no hemos encontrado nada, absolutamente nada que ofrezca algún interés —dijo Cybèle desesperanzada, dejándose caer en el sofá.

—Reynolds te prometió algo importante, ¿no es cierto?

—Sí, pero por lo visto lo guardaba en su cerebro y un cerebro, por desgracia, no es como una caja fuerte que, pase lo que pase, la abres y lo que buscas está dentro. El cerebro muere y todo lo que guarda se destruye.

Xavier tomó una cerveza del frigorífico, bebió de ella y plantándose frente a Cybèle, le dijo:

—Si quieres que de verdad te ayude, deberías contármelo todo.

—¿Y qué es todo, según tú?

—¿Por qué te iba a dar un reportaje sensacional ese yanqui, precisamente a ti?

Cybèle bajó la cabeza y sin levantar siquiera la mirada, pidió:

—Ponme un coñac.

Xavier tomó la botella de «Mattel» y le sirvió una copa, una copa en la que había una letra «N» en dorado. La muchacha bebió con naturalidad, no tosió ni carraspeó.

Xavier ya le había preparado un cigarrillo que acababa de encender con sus propios labios y lo pasó a los dedos de ella, que tomó el pitillo.

—Verás, el yanqui, como tú dices, estuvo metido en la CIA.

—Sigue.

—Él me ofrecía el reportaje de un *affaire* muy gordo con la condición de que su nombre no apareciera por parte alguna, tenía que quedar como una cosa descubierta por mí.

—El arrojaba la piedra, se lavaba las manos y tú eres la mujer de paja —dijo más que preguntó.

—Ajá, *mon ami*, eso es, pero el yanqui no se lavaba las manos.

—¿Ah, no?

—Él se llevaba el ochenta por ciento del negocio.

—Comprendo. ¿Y a cuánto aspiraba?

—Un mínimo de un millón de dólares.

—Interesante, muy interesante. —Se sentó junto a ella—. Tú te quedarías doscientos y semejante cebo te metió de cabeza en un asunto en el que si no has muerto es porque han confundido a tu amiga contigo.

—Así es, soy una estúpida. La verdad es que el dinero me tentó, pero aún más la proyección de mi nombre. Ya sabes, un buen reportaje da en la diana, tu nombre es conocido en todo el mundo y se te abren muchas puertas. Gente que no te recibiría te recibe, le haces entrevistas y te las pagan a precio de oro. Somos cientos de miles los reporteros en Europa y América y ¿cuántos son los conocidos, a cuántos les reciben los VIP de la industria, de las religiones, de la política? Siempre es igual. Si no tienes un nombre importante, ni acostándote con el entrevistado te hacen caso y no es que yo haya utilizado este sistema, pero hay amigas mías que si lo han hecho y no les ha llevado al triunfo.

—Te comprendo, en esta sociedad competitiva la lucha es feroz. Nos cuesta demasiado decir «yo ya tengo suficiente, ¿para qué más?». Porque los niños nos han inculcado la idea de ganar y está claro que los vencedores son pocos, demasiados pocos. Es el cebo para que todos nos destrocemos en la carrera y sirvamos a las mentes siniestras que nos mueven como marionetas sin que nos demos cuenta. En fin, es largo de comentar y muy difícil de rebelarse contra lo que ha sido grabado en nuestro cerebro en la infancia. Ni tú ni yo somos peores ni mejores que la gente que nos rodea, eso sí, existen mentes diabólicas que lo manejan todo para lucrarse y cuanto más, mejor.

—Xavier, tú me hablas como ningún otro hombre lo ha hecho antes —le dijo, volviendo su rostro hacia él, un rostro que ya tenía cerca.

—Puede, pero al final trataré de llevarte a la cama lo mismo que habrán intentado otros, porque eres bonita y deseable.

—¿Y qué importa, si llega un momento en que yo acepto el juego?

Xavier posó suavemente sus labios sobre los femeninos que

estaban entreabiertos, los besó y notó su calor, su humedad, su sensualidad. Notó que temblaban, primero ligeramente y luego que trataban de sorberlo. Cuando concluyó la caricia, ambas miradas se encontraron.

—¿Por qué no me hablas de Reynolds?

Con voz ligeramente ronca, la joven respondió después de llevarse de nuevo el cigarrillo, a los labios:

—Ya te lo he dicho todo. Posiblemente no se fiaba completamente de mí y no pensaba decírmelo todo hasta el momento justo de tener el reportaje listo. En realidad, me iba a utilizar como pantalla y yo, estúpida de mí, creí que iba a ser alguien importante.

—No tengas lástima de ti. Hay muchas personas importantes que no son más que pantallas y algunos ni siquiera lo saben, son otros quienes están detrás y se lucran en cantidad, pero a esos otros no se les ve. Si ocurre algo feo, ni siquiera se les puede condenar, no aparecen nunca. Esos monstruos son los que mueren de viejos en la cama, rodeados de mucha familia, de muchas bendiciones y con la aureola de grandes mecenas cuando no son más que monstruos de codicia y ambición que hasta consiguen perpetuar su nombre.

—¿Quieres decir que no hay justicia en la Tierra?

Xavier sonrió con un ligero rictus de amargura.

—¿Alguna vez has llegado a creer que la había?

—Qué tonta soy, ¿verdad? —preguntó. Después, se llevó una vez más el cigarrillo a los labios.

—Si lo dices porque creías saberlo todo y poco a poco descubres que sabes menos de lo que pensabas, te diré que no eres tonta en absoluto. Luchamos con tanta ferocidad para llegar a la meta de lo que creemos el éxito que no nos detenemos a pensar, pero si lo haces y le dices a la meta «vete a la mierda», ya has ganado mucho, has comenzado a ganar tu libertad.

—Eres un animal curioso, Xavier.

—¿Tú crees?

—Sí, estás de arregla televisores, eres ingeniero electrónico sin empleo adecuado para tu formación profesional, pero en realidad eres un filósofo.

—Un filósofo práctico que quiere gozar y vivir sin hacer daño ni arrebatarse nada a nadie.

—¿Y qué es gozar para ti?

Tomó un seno de Cybèle en su mano y lo oprimió con suavidad mientras la volvía a besar.

La mujer deseó que la ropa desapareciera de su cuerpo y las manos hábiles de Xavier convirtieron su deseo en realidad.

CAPÍTULO IX

Cybèle salió de su apartamento. Tenía otra alegría en sus pupilas, era como si se hubiera cambiado los ojos para ver el mundo de forma distinta. Sabía que el mundo no era ningún oasis de paz, tampoco el paraíso de rosas y mariposas que describían algunos poetas estúpidos. El mundo era algo recién descubierto por Cybèle, un lugar donde había que vivir, pero...

—Hola, preciosa —la saludaron dos tipos dentro del ascensor en que acababa de introducirse.

Uno de ellos le mostró la desnudez de su navaja, una navaja que se veía afilada y de grandes dimensiones, un arma que inspiraba terror.

Cybèle no había visto a aquel par de sujetos en su vida.

—Tengo poco dinero, pero si lo queréis —balbuceó, tratando de mantenerse en calma y no ponerse a gritar.

El canalla de la navaja puso la hoja sobre el vientre de la muchacha y moviendo la mano la hizo subir, pasándola entre los pechos, hasta que detuvo la punta de acero en el cuello de Cybèle.

—¿Has oído? Dice que tiene poca pasta...

El ascensor llegó a la planta, pero el otro individuo, el que no llevaba navaja, volvió a pulsar un botón y la cabina comenzó a elevarse.

—Tú te llamas Cybèle, ¿verdad?

—Y vosotros sois los que habéis matado a Vie.

Aquella acusación tan directa, tan inesperada, les sorprendió, los dos sujetos se miraron entre sí.

—¿Quién te ha dicho eso, zorra? —inquirió René, presionando la hoja en la garganta de la joven y poniéndola al borde de la muerte por degüello.

—¡Lo sé, habéis sido vosotros, vosotros!

—Mira, zorra, si gritas, cuando salgamos a la calle te pincho los

riñones y cuando te metan en la UVI no vas a salir viva de allí.

—Tienes una oportunidad de salvarte —silabeó el otro—. Pórtate bien y no te pasará lo que a ella.

—¿Por qué la habéis matado, por qué?

—No hagas preguntas. Vamos a salir del edificio, te meterás en el coche y te portarás bien. Si haces alguna tontería, te dejamos cosida en la calle y nos largamos. Nos pagan lo mismo, ¿entiendes?

—¿Quién os paga?

—Ésta parece muy segura de sí. ¿No sería mejor pincharla aquí mismo?

—Ya lo ves, Cybèle, mi amigo quiere pincharte, te iban a encontrar en el ascensor, qué pena, ¿verdad?

El ascensor se había vuelto a detener y, de nuevo pulsaron el botón para que descendiera.

—Trataré de no asustarme, pero quíteme la navaja del cuello.

—Tiene sangre fría la zorrilla, ¿eh?

—A lo mejor es caliente en otros momentos, —se rió René.

El ascensor se detuvo en la planta y empujaron a Cybèle hacia fuera.

Los dos tipos se situaron a derecha e izquierda, respectivamente, muy pegados a ella, de tal forma que no podía escapar y si intentaba correr, no lograría dar un paso sin que la acuchillaran.

Se sintió desvalida como si la condujeran al patíbulo. Si hablan asesinado a Vie, harían lo mismo con ella. A lo sumo, lo que harían sería interrogarla primero, el final sería el mismo.

Abrieron la puerta de un automóvil estacionado junto a la acera y la introdujeron dentro. Pero, Cybèle tuvo la impresión de ver el coche de Xavier y se le ocurrió lo más fácil del mundo, que fue abrir la puerta contraria con mucha rapidez y saltar al asfalto por ella.

—¡Eh, que se escapa! —gritó el que se disponía a apoderarse del volante.

Se metió en el Citroën de Xavier, que acababa de abrir su propia portezuela.

—¡Son los asesinos de Vie! —gritó, excitada.

Al ver que el Citroën escapaba llevándose a la mujer, los dos asesinos volvieron a subir a su coche y despegándose de la acera, salieron en persecución del vehículo pilotado por Xavier.

—¿Estás segura de que son ellos?

—Sí, son ellos, me han amenazado con una navaja.

—Pues, nos siguen.

—Son asesinos.

—Me gustaría charlar con ellos.

—Creo que son asesinos pagados.

Xavier comenzó a cambiar de calles para despistarlos, pero no era fácil, aquel par de asesinos conducían un coche de potente motor.

—Si nos pasamos, se nos echará la policía encima —gruñó René.

—No escapan —dijo el otro.

Cybèle, nerviosa, observó:

—Hay mucho tráfico aquí.

—Cuando haya un embotellamiento, pararé, saldré y tú coges el volante.

—¿Qué harás?

—No te preocupes, sigue adelante y recógeme en el Olimpia.

—¡No puedo dejarte!

—¡Tuyo!

Xavier abandonó el coche, dejando el volante a Cybèle. En la mano llevaba el extintor de espuma con el que roció el cristal parabrisas del coche perseguidor, que fue a estrellarse contra un camión de bebidas refrescantes, lo que hizo que unas cuantas cajas se fueran al suelo, rompiéndose las botellas.

El choque fue violento, pues el tipo que llevaba el volante había dado un acelerón, tratando de arrollar a Xavier.

Cuando el conductor se apeó, se encontró con que Xavier estaba delante de él y le chorreaba la cara con la espuma. René blandió la navaja, pero al ver lo que ocurría y a los dos empleados del camión de refrescos que salían airados, optó por echar a correr.

—¡Cójalo y entréguelo a la policía! —gritó Xavier, señalando al que había quedado con la cara llena de espuma apagafuegos. Después, corrió tras el que llevaba la navaja.

Por automatismo y tras sentirse atropellados, los dos repartidores de refrescos retuvieron por la fuerza al asesino que apenas veía. Intentó sacar un revólver, pero un botellazo lo dejó sin arma.

Xavier corrió a lo largo de la calle detrás de René, que dobló por una calleja estrecha. De cuando en cuando, miraba hacia atrás. Por

toda arma, Xavier seguía llevando en su mano el extintor contra incendios de su coche.

Huyendo, acabó por meterse dentro de un pequeño supermercado que estaba vacío. Montañas de latas y botellas se vinieron al suelo, mientras unas mujeres gritaban.

René, sintiéndose acorralado, se enfrentó a Xavier con su navaja, tratando de acertarle. El joven disparó el extintor en varias ocasiones, hasta que logró darle en el rostro.

René arremetió con fuerza y consiguió golpear a Xavier, más no pudo hundirle el acero de su navaja.

Xavier y René intercambiaron golpes.

Xavier logró desarmarlo y lo empujó contra una montaña de tambores de detergente en polvo, que se desparramó por el suelo. La lucha prosiguió; eran puñetazos, embestidas feroces, dos hombres jóvenes que trataban de dominarse el uno al otro; pero René, preferentemente, trataba de escapar y lo que hizo fue abrir una manguera de agua para extinción de incendios, lo que provocó una montaña de espuma en medio del derrumbe de detergentes.

Xavier castigó con dureza a René hasta sujetarlo con una presa de judo. El asesino se sentía estrangulado cuando ya sus fuerzas estaban agotadas.

—¿Quién os ha pagado?

—No, no...

—Está bien, te voy a quitar el aire hasta que la policía te ponga las manos encima.

—Daniev, ha sido Daniev... —barbotó.

—¿Y quién es Daniev?

—No lo sé, es un enano —dijo casi sin poder respirar.

—¿Dónde lo voy a encontrar?

—En Rigat.

—¡La policía, la policía! —gritaba una mujer.

El tiempo era limitado. El supermercado estaba como si hubiera pasado por él un vendaval mientras seguía saliendo agua que aumentaba la espuma con el jabón para lavadoras.

Xavier empujó con fuerza a René hacia el interior de la gran nevera para carne. Tras hacerlo caer, cerró el frigorífico. Después, se detuvo frente a un empleado y le dijo:

—Cuando venga la policía, díganle que ahí dentro está el

asesino de Vie.

—¿Vie, quién es Vie? —preguntó el hombre, desconcertado.

—¡La chica de la bañera!

Y echó a correr, escapando. Cybèle debía estar dando vueltas cerca del Olimpia, esperando a que él apareciera para recogerle y así sucedió.

—Xavier, ¿te encuentras bien?

El joven bufó, le faltaba aire.

—Creo que sí.

—Tienes señales en la cara.

—Es que el tipo ese también pegaba.

—¿Qué ha ocurrido con ellos?

—Supongo que la policía se hará cargo de ambos.

—¿Y cómo sabrá la policía que son los asesinos de Vie?

—No te preocupes, un empleado del supermercado se lo dirá a la policía y en el interrogatorio ya vomitarán el resto.

—¿Crees que lo averiguarán todo?

—No lo sé. Uf, me hace falta una ducha.

—¿Vamos a mi apartamento?

—No, allí ya te han localizado. No tratas con un simple asesino, guapa, estás frente a toda una organización. Ya veremos al final qué hay en el meollo de todo esto, pero sigo pensando que algo gordo.

CAPÍTULO X

—Ese par de sicarios franceses que usted contrató son un par de estúpidos, han vuelto a fallar.

Daniev apretó sus finos labios, pero siguió mirando al yanqui Harris a través de sus gafas.

—Es una situación lamentable de la que deberé informar a míster Mayer.

—Lo dice como si yo fuera el culpable de algo, Daniev.

—Usted ha participado en este asunto, Harris.

—Si yo hubiera estado con ellos, la chica habría sido interrogada a fondo y después dado por desaparecida. En cambio, ahora ellos están en manos de la policía y cuando les interroguen, ya veremos hasta dónde llegan.

—Ellos no saben nada y la policía francesa no tiene por qué relacionar a esos dos tipos con la muerte del exmiembro de la CIA Reynolds, al cual mató usted, no lo olvide.

—Lo matamos entre todos, aunque fuera yo el que le diera al gatillo.

—No se preocupe, la policía no dará con usted y menos a través del interrogatorio de un par de asesinos de segunda fila.

—Y si son de segunda fila, ¿por qué los contrató?

—Hay varios motivos, mi apreciado Harris, uno de ellos es que son más baratos que los de primera fila.

—No creo que míster Mayer regatee un dólar en esta clase de asuntos.

—No, es cierto, pero el que más cobra también hace más preguntas, suele ser más listo y no se conforma con lo que se le dice. Quiere saber más y tratar de obtener mayor tajada. Ese par de estúpidos, como usted les llama, ni de lejos se huelen en qué negocio andan metidos. Ellos piensan que somos parte de la organización del crimen internacional y que se les paga como

verdugos temporeros.

—Y no son como un sindicato del crimen internacional.

—No sea sarcástico, Harris. Usted también pretende llenar la cuenta suiza de su banco con este asunto. Hay dinero para todos, ya lo sabe, pero primero hemos de trabajar para que el grifo del chorro de oro se abra y todos podamos salir beneficiados. Ese par de asesinos profesionales no saben nada; ellos tenían que llevar a cabo unas ejecuciones, han conseguido una, se equivocaron, es cierto, y mataron a una zorra nada más.

—Está la chica que vio cómo asesinaban a Reynolds; ella puede ser la contacto de Reynolds en París.

—Puede, pero, por lo que sabemos, ella no ha acudido a la policía, por lo que hay que deducir que tiene miedo o tiene mucho que callar.

—O que quiere chantajear por su cuenta y riesgo.

—Puede, todo son hipótesis.

—Si tuviéramos a la chica ya se habrían despejado las incógnitas, no serían hipótesis sino realidades.

—¿Quiere decir que esa mujer es tan inteligente? —rezongó Daniev, despectivo.

—¿Por qué no? ¿Usted es de los que opinan que todas las mujeres son tontas?

—Me inclino a pensar que esa mujer está asustada, se esconde y su amigo la protege.

—¿Su amigo, quién es su amigo?

—Es algo que creí que usted ya habría averiguado —le dijo Daniev, mordiente.

—Desde el principio acordamos que determinados asuntos de investigación los resolverían ustedes porque tienen contactos en diversas esferas de influencia francesa. Yo estoy en un país extranjero y debo moverme a nivel de embajada norteamericana. Fuera de ella soy un ciudadano extranjero que debe andarse con pies de plomo para que las autoridades de esta nación no me pongan dentro de un avión declarándome persona «non grata».

—No creo que se atrevieran a hacerlo. Un norteamericano todavía tiene mucho peso específico en el mundo, mucha gravedad para que se lo lleve el viento.

—A algunos norteamericanos relevantes se les mata en París con

un tiro en la cabeza.

—Atentados los hay en todas partes.

—No discutamos, Daniev, pero hacer determinadas investigaciones era cosa suya y no mía.

—¿Por qué no llegamos a una solución intermedia que agradará a míster Mayer?

—¿Cuál?

—Trabajar al alimón.

—Cooperar juntos me parece bien, siempre que cuando llegue el momento de las bofetadas usted no se largue y me deje solo para repartirlas y recibirlas.

—No tenga miedo, Harris. Soy pequeño, es cierto, pero sé defenderme. Además, suelo utilizar a guardaespaldas que me obedecen ciegamente.

—¿Franz?

—Franz es la coraza personal de míster Mayer y no le recomiendo a nadie que se le enfrente. A Franz no le hace falta ningún arma para deshacerse de tres hombres al mismo tiempo partiéndoles el cráneo. Yo puedo pagar a otros que no hacen preguntas.

—Si son tan idiotas como los dos que están ahora en manos de la policía...

—Usted pudo intervenir para evitar que fueran arrestados —acusó Daniev.

—¿Yo? Ellos tenían que intervenir, yo vigilaba de lejos, ésa era mi misión. No olvide que he de actuar con muchas precauciones, soy un hombre conocido en la embajada americana y no puedo cometer ningún resbalón.

—Lo mismo que empleó su pistola contra Reynolds pudo usarla contra la chica y su amigo.

—Entonces, hubiéramos perdido la oportunidad de interrogarles.

—¿Cómo se explica que un hombre sólo se cargara a dos profesionales?

—Porque es un tipo con decisión. No le importó saltar de su coche y enfrentarse a ese par de idiotas con un extintor de incendios, sin detenerse a pensar que ellos podían sacar pistolas y llenarlo de plomo. Lo grave es que la chica se burló de ellos, se escapó del coche con tanta facilidad como es abrir la portezuela

contraria y salir por ella. Parece de película de risa, pero para ese par de idiotas fue una realidad.

—Digamos que no fue su día y que ahora están en la cárcel. Si confiesan que mataron a la otra mujer, peor para ellos.

—Si confiesan ese asesinato, también dirán que alguien les pagó y que un americano andaba liado con ellos. La policía francesa comenzará a tirar del hilo.

—No se ponga nervioso, Harris. El comisario Maigret fue la obra de un profesional de la literatura, no siempre que se tira del hilo se llega al ovillo. París no es una balsa de aceite, aquí se cuecen muchos caldos y no es fácil hallar relación de unos asesinatos con otros. La policía es efectiva, evidentemente, pero cada día tiene que desenmarañar demasiados problemas para que pueda ver con claridad entre ellos. El miedo hace perder batallas, mi querido Harris. Después de todo, si un comisario llegara a interrogarnos, ¿de qué podría acusarnos? Bastaría con que míster Mayer levantara el teléfono para mover unas cuantas piezas importantes que a su vez entrarían en acción para que no se nos molestara.

—Me gustaría estar tan seguro como usted, Daniev.

—Hace mucho tiempo que estoy a las órdenes de míster Mayer y jamás me han tomado las huellas dactilares en ninguna comisaría de ningún país del mundo. Yo no soy de los que temen pasar por delante de una comisaria de policía... Soy de los que están convencidos de que hay muchos resortes que se pueden mover para impedir que las puertas enrejadas se cierren delante de las narices de uno. Lo importante, claro está, es saber qué resortes son y tener acceso a ellos.

—¿Debo entender que usted se siente invulnerable ante la policía, la ley y la justicia?

—Harris, dejémonos de cháchara y actuemos. Usted me ha dado la matrícula del coche que utiliza el amigo de la chica que era la contacto con Reynolds y dentro de unas horas sabré quién es ese tipo. Y si ella se ha escondido, localizándolo a él, la encontraremos a ella. Sencillo, ¿verdad?

—Todo parece sencillo hasta que se complica —masculló el yanqui.

—Olvídese ya de aquel par de estúpidos, como usted los ha calificado. Míster Mayer ha ordenado que este asunto quede libre de

obstáculos y así será. No podemos poner en peligro toda la operación que mister Mayer ha montado, hay mucho dinero invertido.

—¿Y si el tipo ese que ha dado la paliza a los dos profesionales de segunda fila sólo es el amiguito de cama de la fulana ésa?

—Ante esa posibilidad —opinó Daniev, muy sonriente— el problema es menor. Se le da un culatazo, se le deja en el suelo, se le pasa un camión por encima y asunto concluido.

—Muy bien, Daniev, tiene usted solución para todo, pero aún no sabemos si Reynolds llegó a comunicar algo de lo que él había averiguado.

—Eso tardaremos poco tiempo en saberlo, Harris, poco tiempo. Esa mujer llamada Cybèle tiene la clave. Si usted la hubiera eliminado en su momento, ella no habría tenido oportunidad de repetirle a nadie lo que Reynolds pudo contarle. Usted falló, la dejó vivir para que ella pudiera seguir dándole a la lengua. Ahora hay que capturarla viva para que nos diga si alguien más está enterado de lo que quería pregonar Reynolds.

—Encontraremos a la mujer y en esta ocasión, seré yo en persona quien se encargue de capturarla viva e interrogarla después.

—¿Y dejarla lista para la Morgue? —preguntó Daniev, maliciosamente.

—Ese trabajo sucio podemos dejarlo para uno de los verdugos que usted contrata, sí, un verdugo que sea lo suficientemente estúpido para ejecutar, cobrar y callar, sólo que podríamos dejar una pista para que la policía lo encontrara en breve plazo. Castigando al asesino se cerraría el asunto; lo que la policía jamás digiere, bien son los casos que no se cierran. Si facilitamos la labor de la policía para que arreste al verdadero asesino, ¿quién se va a preocupar de nosotros?

—Harris, creo que usted y yo nos entenderemos —opinó Daniev—. Hacía falta que charláramos como lo hemos hecho. Tragándonos cada cual sus propios sapos, lo único que hubiéramos conseguido es fomentar un rencor mutuo. En cambio, ahora vamos a cooperar porque a ambos nos interesan los mismos fines. Por supuesto, si a usted se le ocurre en alguna ocasión hacer referencia a esta conversación que acabamos de mantener, yo la negaría con las

manos sobre la Biblia.

CAPÍTULO XI

Gilbert era un muchacho cambiante en su adolescencia. El que algunos días se mostrara jocosos y dicharachero no era óbice para que en otras ocasiones se sintiera el más desgraciado de los fracasados.

Era consciente de que no era ningún espléndido ejemplar masculino y sus relaciones sociales no funcionaban como él deseaba. Tampoco era ningún dechado de luces intelectuales y cuando *madame* Antoinette no estaba en el comercio y se sentía solo, sin clientes que pudieran observarlo, aumentaba el volumen del picú de alta fidelidad colocando en el plato un disco de Travolta y comenzaba a bailar solo, sacudiendo brazos y cabeza hasta sudar y excitarse.

—¡Gilbert!

—¿Sí, *madame* Antoinette?

—¡El volumen está demasiado alto! —protestó la mujer. De pronto, Gilbert silbó admirativamente, era como si en el comercio acabara de entrar *Miss Francia*.

Madame Antoinette miró alrededor como buscando a alguien.

—Es a usted, *madame*. Viene muy guapa esta noche. La patrona se tocó el cabello con cuidado, aspiró hondo y sus llamativos pechos semejaron hincharse un poco más.

—¿Tú crees, Gilbert?

—Sí, *madame*, ese peinado le va, tiene usted una marcha... Si no fuera mi patrona, le pediría que nos acostásemos juntos.

—¡Gilbert!

—Disculpe, *madame*, pero a veces el instinto puede más y cuando uno es muy joven como yo, pues eso...

—Anda, anda, eres tan niño que no llenas ni los calzoncillos.

—¿Qué no? —inquirió, desafiante.

—No —se rió la mujer que, ante el halago, se había puesto contenta. Su moral acababa de subir muchos puntos; si al salir de la peluquería había tenido ciertas dudas, éstas se habían disipado por completo.

Gilbert se miró a sí mismo entre las piernas y bajó la cabeza.

—*Madame*, es la hora de cerrar.

—Gilbert, te estás volviendo un sinvergüenza y no te lo voy a consentir. A saber, qué cosas les dices a algunas clientas cuando yo no estoy...

—*Madame* Antoinette, soy un desgraciado, ninguna se quiere acostar conmigo.

—Vamos, vamos, no hagas teatro.

—Se lo digo en serio, *madame*.

—Pues si tan frustrado estás, coge unos francos y paga a una «cocotte».

—Ya lo hice una vez, *madame* Antoinette.

—¿Y cómo te fue? Cuenta, cuenta, ya sabes que soy como tu madre.

—Me sentí tan avergonzado por tener que pagar el dulce gozo del amor, que el pajarito se quedó dormido.

La mujer se echó a reír ruidosamente, sus carcajadas fueron muy sonoras.

Gilbert terminó levantando la cabeza y acabó su jornada de trabajo silbando.

Madame Antoinette cerró las puertas de cristal y dejó colgado el letrerito de «Cerrado». Apagó las luces y cruzó una puerta que conducía al sótano-taller, donde Xavier se estaba «peleando» con un televisor a color.

—¿Qué pasa, Xavier, no sale imagen?

—Ya saldrá.

Ella le puso las manos sobre los hombros, con la habilidad de la mujer que visceralmente es sensual y además tiene la experiencia de los años.

—Por favor.

—¿Qué pasa, leopardo mío, ya no quieres a tu Antoinette?

—No soy tu leopardo y si no me dejas trabajar, no podré terminar este cacharro esta noche.

—¿Qué importa el televisor? Xavier, Xavier —ronroneó ella,

besándole el cuello y apretando sus senos contra la espalda masculina.

—Déjame, no te pongas pesada.

—¿Qué te pasa? Estás muy arisco.

El hombre se dio la vuelta, encarándose con la mujer que lo estaba mimando amorosamente para hacerlo suyo.

—Por favor, Antoinette, olvídalo.

—No, no quiero olvidarlo, no quiero.

—Eres una mujer espléndida, una mujer madura, pero muy hermosa.

—¿Tú lo crees?

—Sí, lo creo y en ocasiones te lo he demostrado.

—Sí, pero has cambiado.

—Vamos, tú no eres una niña y puedo decirte que no te quiero, que nunca te he querido.

Los labios femeninos temblaron.

—¿Te atreves a decirme eso a la cara?

—Claro que sí, porque tú no puedes decir que yo haya dicho jamás que te quiero.

—¿Y lo que hacías conmigo en la cama?

—Gozadas sexuales, algo muy normal entre un hombre y una mujer liberada como tú. Yo no te he dicho jamás que te amaba.

—A ella, sí la amas, ¿verdad?

—¿A ella?

—Sí, a esa rubia que te viene a buscar.

—Déjala en paz.

—¡Es una zorra!

—Prefiero no hacerte caso, estás excitada.

—Pues tienes que escucharme... Aquí, la propietaria soy yo, tú solo eres un empleado.

—De acuerdo, Antoinette, pero he de hacer una puntuación.

—¿Ah, sí, cuál? —inquirió, desafiante.

—Que era tu empleado, ahora dejo de serlo. Envíame un cheque por mi último salario.

Se puso en pie. Abrió un cajón, tomó sus pequeñas cosas particulares y fue en busca de su anorak, lo que desarmó a *madame* Antoinette.

—¡No puedes hacerme esto!

—¿Por qué no?

—No puedes marcharte, haces falta aquí. Eres bueno en tu trabajo, los clientes te aprecian...

—Pues yo no saco mucho beneficio del afecto de los clientes...

—rezongó.

—Espera, Xavier, te daré más tanto por ciento. La verdad es que no me hace falta cobrar tanto por las reparaciones y tú, tú puedes ganar más, claro que sí. Sé lo que vales, lo sabemos todos.

—¿Y te das cuenta ahora que me largo? ¿Por qué no te acordabas el año pasado y hubiera podido comer unas pipas más?

—Es que no se me ocurrió que podía hacerte falta más dinero...

—A los que pagáis, nunca se os ocurre pensar en los trabajadores porque sólo pensáis en vuestra propia cuenta corriente y supongo que en el próximo empleo que encuentre me pasará lo mismo. Cualquiera día me voy a un lugar donde pueda construir mis propios televisores y venderlos, serán aparatos artesanos y lo que sí podré asegurar es que funcionarán mejor que los de serie.

—No te irás, ¿verdad?

—Sí, Antoinette, has puesto el aire demasiado enrarecido y yo quiero respirar libertad.

—No te marches, no te molestaré —musitó con un tono que comenzaba a ser de súplica.

—Es mejor que me vaya. Te lo digo en serio, sin rencores, me voy. Tú y yo hemos vivido un tiempo laboral, tú de patrona y yo de empleado, hemos tenido algunas gozadas que no han estado mal, sé apreciar lo que es un buen manjar, pero lo nuestro no podía pasar de lo que ha sido.

—Xavier, espera, espera —le cogió las manos—. Tomaremos una copa y charlaremos, sí, charlaremos. No digas nada aún, escucha lo que voy a decirte... Este comercio no son unos grandes almacenes, pero funciona y está muy bien situado, ¿verdad?

—Sí, no está mal.

—Tengo buenos clientes, tú lo sabes. Este comercio solventa la vida de su propietario.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Pues, a que podríamos casarnos. Tú serías propietario como yo, habrías dejado de ser empleado. ¿Te das cuenta? Serías patrono de este comercio, de este taller. Podrías comprarte un buen coche,

el mejor, el que tú quisieras. Mi casa es confortable, ya la conoces, y tendrías un chalet en la Costa Azul. Yo te cuidaría y no te reprocharía nada.

—¿Nada? —preguntó él, irónico.

Ella tragó saliva antes de decir:

—Te daría todas las satisfacciones que puede dar una mujer y si tenías una amante, si te acostabas con ella, no te lo reprocharía.

—Vaya tragaderas...

—Te amo, Xavier, te amo, aguantaría y tú lo tendrías todo.

Menudo braguetazo me propones, querida.

—Te juro que no te reprocharía nada, te lo juro, yo no tengo que rendir cuentas a nadie.

—Te agradezco todo lo que me propones, pero no puedo aceptarlo.

—Piénsalo, Xavier, piénsalo.

—No me hagas decir nada que pueda molestarte. Te aprecio, te comprendo, pero no puedo corresponderte. Esta noche te has molestado conmigo, otro día ocurriría algo peor.

Además, ya me conoces, no soy de los que quieren beneficiarse de una situación digamos incorrecta. Ya ves que voy con mucho cuidado con las palabras.

—Xavier, no me dejes.

—No tienes ningún problema económico. Además, eres una mujer caliente y encontraras fácil compensación.

Antoinette le abofeteó sonoramente. Xavier aguantó sin siquiera parpadear, no hizo intención de replicar e incluso llegó a sonreír irónico.

—¿Lo ves? Tienes demasiado carácter, no aguantarías mucho. No te aconsejo que te cases, sé tú misma y si te apetece un amante, tómallo y después de usarlo, tíralo como un klínex, Suerte, Antoinette.

—¡Espera! —bramó cuando él ya subía por la pequeña escalera que daba a la puerta que se hallaba tras el mostrador.

—¿Me olvido de algo?

—Te están buscando.

—¿Y quién?

—No lo sé, pero te buscan. Han preguntado si el coche que llevas era del comercio Tele-Maison.

—Ah, sí. —Sacó las llaves del bolsillo y las arrojó sobre la mesa—. Olvidaba que era tuyo, ya me compraré algún cacharro de segunda mano. No puedo olvidar que me has pagado lo justo por el trabajo que he hecho.

—Me han preguntado que quién llevaba el coche, cómo te llamabas, dónde vivías y quién eres.

—No tengo nada con la policía.

—No eran policías. Yo no les he contado nada y les he dicho que se largaran, pero te están buscando y te encontrarán.

—Pues cuando me encuentren, tomaremos una cerveza juntos.

—Te has metido en algo feo por culpa de esa rubia, ¿verdad?

—Olvidalo, Antoinette, olvidalo. Y que tengas suerte en encontrar otro arregla televisores como yo, somos muchos los que buscamos trabajo.

Xavier salió a la calle. Vio el coche estacionado cerca de la tienda, el Citroën en el que consiguieran escapar de los asesinos de Vie.

Se puso el anorak y echó a andar hundiendo las manos en sus bolsillos.

Antoinette lloraba dentro de su comercio mientras la pantalla de un televisor a color sólo despedía luz blanca mientras producía un ruido constante y molesto.

De pronto, la mujer cogió unos alicates y los arrojó contra la pantalla, haciéndola estallar.

—¡Maricón! No, no eres maricón... —gimió entre sollozos—. Te amo, Xavier, te amo...

CAPÍTULO XII

—¿Qué te parece lo que he hecho?

Cybèle se sentía satisfecha de lo que mostraba. Xavier examinó el carrete de video, no era una cassette, sino un carrete para ser montado en un aparato de video profesional.

—Veo que lo has pegado todo —dijo, observando el carrete que aparecía exageradamente abultado y lleno de desigualdades.

—La cinta estaba hecha pedazos por las balas y también arrugada en parte. He cortado lo mínimo y he ido pegando el resto tal como me enseñaste.

—Veremos qué sale de aquí dentro. Por supuesto que para prueba judicial no serviría en absoluto, ni siquiera serviría para que tú te defendieras si acusabas a alguien de algo y te llevaban ante los tribunales por calumnia.

—Pero, puede orientarnos sobre lo que Reynolds quería decirme.

—Eso sí, si se consigue visionar este carrete y tengo muchas dudas al respecto. —La besó suave y cariñosamente en los labios—. Vamos a probar, pero primero tensaremos la cinta, de lo contrario aún rodaría peor.

La montó en un aparato de video que tenía en su apartamento, un aparato de los llamados de profesional que había sido construido por él desde el más mínimo de los transistores.

Colocó un carrete vacío en el lado opuesto y puso en marcha el aparato para rebobinado lento, lo que hizo que en el nuevo carrete la cinta apareciera mejor colocada, aunque sin quedar, ni mucho menos, en estado óptimo.

—Haremos otro pase de rebobinado lento a la inversa, así quedará a la izquierda más ajustado aún.

Cybèle se sentó en una butaca, tampoco ella parecía tener prisa. Había pasado muchas horas en la soledad del apartamento realizando aquel trabajo lento y meticuloso de ir cortando las partes

deterioradas de la cinta para unir cuanto quedaba cortado, que fue mucho.

Clic...

El aparato volvió a quedar quieto.

—Ya no lo tenemos listo —dijo Xavier.

—Es el gran momento, pronto sabremos por qué alguien mata.

—Probaré con varias cabezas. Ignoro si esta cassette está grabada con algún sistema especial, ajustaré las cabezas idóneas.

—¿Lo conseguirás con este aparato?

—Sí, cuando lo construí lo ideé para poder pasar por él toda clase de cintas grabadas con aparatos video de diferentes marcas y sistemas. No hay otro aparato igual porque éste lo he construido yo con mis propias manos.

Lo puso en marcha de nuevo. Apagó las luces del apartamento y encendió la pantalla del televisor. Hubo muchas oscilaciones, pero al final apareció una imagen nítida y bien centrada.

—Vaya, es en colores y todo —exclamó Xavier.

—¿Qué es eso? —preguntó la joven.

—Parece una plantación de árboles frutales.

De pronto, la imagen se cortaba, aparecían muchos rayados y volvía a quedar clara.

«Estos naranjales —comenzó a decir una voz en *off*— po... de y quedar com... ven... atención...»

La voz se interrumpía lo mismo que la visión; todas las palabras no les llegaban, a veces solo parte de ellas.

—No vamos a entender nada —se lamentó Cybèle.

—No te preocupes, lo vamos viendo y luego repetimos el pase. Será como un jeroglífico, hasta que lo descifremos.

En la pantalla apareció sólo un naranjo que fue perdiendo su fruto y luego las hojas. Al final, el árbol quedaba solo con las ramas y la voz en *off* seguía hablando, faltándole palabras y en ocasiones sílabas.

«Quedarán así...»

Aparecieron unos científicos con bata blanca trabajando en un laboratorio. Una banda negra cubría sus rostros, lo que hizo opinar a Xavier:

—Este video lo han tomado de una cinta cinematográfica que debe estar guardada en alguna parte. En vez de obtener una copia

cinematográfica han sacado una grabación en video.

Cybèle añadió:

—Quizá porque en su poder sólo tenía una cámara grabadora.

—Es posible que no lo sepamos nunca.

«En este lab... la va... cialmente... Luego se liofiliza con sumo cuidado. Todas las me... tomadas, nada puede... del laboratorio...»

En la pantalla aparecía ahora una filmación efectuada con microscopio de gran aumento.

Cybèle inquirió:

—¿Qué será eso?

—Seguro que son bacterias.

—Parece que todo gira en torno a esos bichitos, ¿verdad?

—Si —asintió el hombre, interesándose cada vez más en lo que parecía un documental, con infinidad de cortes, oscilaciones y fallos que no dejaban comprender con absoluta claridad.

Gracias al microscopio se seguía el procedimiento de la reproducción de una bacteria mientras la voz en *off* continuaba hablando como si lo hiciera un subnormal.

«La re... multiplicación geomé... hasta la muerte de la propia... boles faltos de joyas mueren en... tidad y suplirlos es... años... La bac... ma

TXM-diez...»

Al llegar a este punto, semejó que el documental terminaba y comenzaba una segunda parte.

—¿Has entendido algo? —preguntó la muchacha.

—Parece ser que existe una bacteria llamada

TMX-10

que ataca a los naranjales desfoliándolos. En consecuencia, pierden también el fruto que está en crecimiento. Después los árboles, faltos de hoja en gran cantidad, mueren atacados por la propia bacteria que al acabar su ciclo muere por sí misma y la plaga desaparece. La bacteria se autodestruye una vez llevada a cabo su labor.

—¿Has entendido todo eso? —se asombró la joven.

—Más o menos, volveremos a pasar la cinta para asegurarnos mejor. Parece que esa bacteria asesina a los naranjos.

—Esto parece un documental agrícola, ¿verdad?

—Sí, pero por las palabras entrecortadas cabe deducir que esta bacteria ha sido obtenida artificialmente, por lo que el caso puede

resultar muy feo. Sigamos.

Volvió a poner en marcha la grabación de video.

Apareció el rostro de un hombre de aspecto anglosajón, La voz en *off* decía:

«Éste es Glenn Donald Murray, bioquímico de los Top Secret Labor...»

Sin conseguir oír toda la información, la cinta prosiguió, apareciendo otra imagen:

«Éste es Jeffrey Harris, miembro de la C... intermediario...»

Una tercera imagen quedó ante sus ojos, era como una fotografía obtenida en un banquete.

«Mayer, el comprador...»

Seguidamente salió un mapa de los países mediterráneos. Todo estaba perfilado con fondos blancos, pero, de pronto, Italia se puso en rojo. Le siguió España, Marruecos y finalmente Argelia. Todo se veía con las habituales oscilaciones y fallos, pero se podía distinguir con bastante claridad.

«Los países serán a... den... Todas las cos... an... en los cuatro países... añoa en reponerse... Mayer es el promo... Aumentará precios... millones...»

La grabación sufrió varios cortes más hasta quedar en blanco.

—Ya no hay nada más grabado —dijo Cybèle.

—Sí, eso creo. Veremos la grabación dos o tres veces más antes de opinar.

Con paciencia y mucha obervación, al final se enfrentaron para hablar.

—¿Crees que existe una bacteria artificial llamada TMX-10

que se va a cargar los naranjos de esos países?

—Sí, de España, Italia, Marruecos y Argelia. Parece que lo que importa es que no fructifiquen. Las naranjaa no en —engordan y mueren, después los árboles quedan desfoliados y con muchas posibilidades de morir, atacados por otras plagas, ya que están débiles. Esa bacteria elimina la cosecha de naranjas de cuatro países que son grandes productores de cítricos, especialmente uno de ellos que saldría más perjudicado que los otros.

—¿Y ese tal Mayer?

—Debe ser un hombre de negocios, un tratante internacional

que, por lo que aquí se deduce, sería el que se lucraría de todo este desastre del cual esos países tardarían años en rehacerse.

—¿Y qué países se beneficiarían, si las naciones perjudicadas no pueden exportar naranjas? —preguntó Cybèle.

—No hace falta señalar a otros países. No se trata de un *affaire* a nivel de gobierno, se trata de un comprador-vendedor internacional, alguien que maneja el asunto de la exportación. Es la eterna ley de la oferta y la demanda, podría vender las naranjas que tuviera a un precio muy alto con la seguridad de venderlas todas, absolutamente todas, pues hay que pensar también en las fábricas de bebidas refrescantes, que se llevarían las naranjas peores.

—¿Cuánto crees que podría ganarse en este negocio?

—La verdad, son cifras que escapan a los cálculos que yo pueda hacer.

—¿Podría ganarle en diferencia de precios?

—Pues, teniendo en cuenta que prácticamente no habría competencia y que vendería hasta lo peor que se pudiera recolectar, serían muchos millones de dólares de diferencia y lo que es más, se repetiría durante varios años, claro está que luego los importadores tratarían de ponerse en contacto con países asiáticos y centroamericanos o la mismísima Norteamérica, pero todos tratarían de aprovecharse de la desgracia de los cuatro países perjudicados. Los precios seguirían siendo muy elevados y el que los mueva a nivel de altura va a llenar sus arcas con millones de dólares.

—Pero ¿crees posible que alguien se cargue los naranjos de cuatro países?

—Con la tecnología bioquímica, sí es posible. ¿No has oído hablar de las armas bacteriológicas?

—Sí.

—Se supone que se han hecho pruebas en algunos países que han pasado a ser víctimas de ellas. En algunos lugares ha quedado patente que han sido atacados, pero en otros, quizá ni se hayan enterado y piensen que se trata sólo de mala suerte. Las armas químicas y bacteriológicas existen y para agravar la situación sólo falta que un científico que tenga acceso a esas armas se haga con un pequeño cultivo liofilizado, es decir, lo hurte a su laboratorio y lo venda por bajo mano a precio muy alto.

—¿Y ese Donald Murray es el que ha robado la bacteria liofílizada y la ha vendido?

—Según la acusación de Reynolds, así es, falta comprobarla.

—Harris, que podría ser, no digo que lo sea, miembro de la CIA, será el intermediario de la compraventa de la bacteria TMX-10.

—Sí, y posiblemente ese tipo está en París.

—Entonces, el tal Mayer es el comprador de la bacteria y no tendrá negocios con los países que supuestamente va a afectar.

—Eso parece. Por lo que trató de decir Reynolds, en esta cinta de video acusa a Mayer de desembarazarse de la competencia utilizando la bacteria que ha comprado para no dejar ni un solo naranjo con fruto, lo que sería la ruina de muchas gentes de diversos países.

—Eso sería una monstruosidad —opinó Cybèle.

—Sí, una monstruosidad, pero en los negocios, aniquilar al competidor es una lucha que se mantiene. Y no se anula al competidor sólo con la publicidad en televisión, también se le ataca dándole golpes bajos, haciendo espionaje industrial, robándole sus mejores técnicos, quitándoles sus mejores vendedores, presionando con los Bancos que se puedan controlar de una forma u otra para que estos nieguen créditos que el competidor necesita con urgencia. Hay muchas formas de ataque.

—Pero, ésta es la más sucia y vil que yo he conocido —comentó Cybèle.

—Sí, por eso asesinan, para que este sucio negocio internacional no se descubra. Debieron enterarse de que Reynolds también quería su parte.

—¿Su parte? Lo dices como si él no hubiera sido honrado.

—La verdad, no creo que lo fuera.

—¿Por qué?

—Siempre haciendo conjeturas, pienso que él quería chantajear a Mayer cuando éste ya tuviese en marcha todo su diabólico plan de la bacteria exterminadora.

—Reynolds quería denunciarle en los medios de comunicación —protestó la muchacha.

—Yo diría que él quería que tú preparases un reportaje que mostraría a Mayer para ofrecerle la oportunidad de comprarlo antes

que ninguna revista o cadena de televisión para denunciarlo públicamente.

—No puedo creerlo, yo no me habría callado.

—Puede, pero eliminarte en el momento en que dejases de ser útil no habría sido difícil.

—Xavier, me das miedo.

—Cariño, eres una palomita. Si Reynolds sabía lo de la bacteria, conocía al científico ladrón, al intermediario y al comprador... ¿No podía denunciarlo a las autoridades de su país?

—Pues, pues... —vaciló— no tendría pruebas suficientes.

—Vamos, Cybèle, eres una ingenua. Reynolds, al enterarse del asunto, podía denunciarlo a sus autoridades sin pruebas, éstas ya se encargarían de comprobar si era cierto o no. Estoy completamente seguro de que Reynolds pretendía aprovecharse de lo que sabía y la mejor forma de hacerlo no era vendiendo el reportaje a una revista o a la televisión, sino vendérselo al mismísimo Mayer y no habría pedido un millón de dólares, hubiera pedido más, pero tampoco le convenía decírtelo a ti ni buscar a un reportero con mucha fama y muy avisado en asuntos sucios porque lo habría desenmascarado rápidamente o le habría quitado el asunto del chantaje para hacerlo él directamente.

—Todo lo que dices son suposiciones, no tenemos pruebas de que sean realidades.

—¿Y la muerte de Reynolds, y la de Vie, y tu intento de rapto?

—No sé... Comprende que es muy grave lo que dices, porque en un caso como el que expones, ¿qué autoridades tendrían responsabilidad sobre los hombres que anularan las cosechas de naranjas de cuatro países?

—No lo sé, sería un problema jurídico difícil de resolver y me temo que Mayer, el cerebro de todo este tinglado, el que se llevaría los millones, jamás podría ser procesado. Si hay que atacarlo, ha de ser aquí en Francia, antes de que empiece su criminal fechoría, si es que no ha comenzado ya.

—Pero ¿cómo?

—Hablando con la policía.

—No nos creerán, tú mismo has dicho que a esta cinta de video no le daría crédito ningún juez. El propio Mayer, sea quien sea, nos podría acusar de calumnia y no nos podríamos defender.

Xavier, fatigado, suspiró. Se sentó también y mientras encendía un cigarrillo dijo:

—Tienes razón en parte, pero ¿cuánto tiempo crees que debemos esperar?

CAPÍTULO XIII

Cybèle había preparado el almuerzo en el apartamento de Xavier.

—Si no ha salido bien la comida, lo siento, no soy muy buena cocinera —dijo.

—Seguro que estará bueno, las parisinas sabéis cocinar estupendamente.

—Las que cocinan. Oye, amor, ahora estamos los dos en el paro, ¿qué vamos a hacer?

—No sé, ya lo pensaremos. Si tú no haces un buen reportaje no vas a cobrar un franco y yo tampoco si no me empleo en algo, pero el futuro es nuestro. Anda, pon la tele y veremos información mientras disfruto saboreando lo que has preparado.

—Te veo muy preocupado.

—La verdad es que desde que te descubrí en el aeropuerto se me ha complicado la vida.

—¿Yo soy la culpable?

—Tú no eres culpable de nada, en todo caso yo, por haber encontrado a una parisina deliciosa.

La pantalla del televisor se iluminó, estaban dando un informativo.

«... Pueden ver cómo ha quedado el coche después de la explosión...»

—Qué barbaridad —opinó Cybèle, viendo un vehículo completamente destrozado.

Xavier palideció al ver, detrás del coche, un establecimiento con los escaparates rotos, un establecimiento que conocía muy bien.

—Si es Tele-Maison... —balbució.

«Antoinette Sorrie, propietaria del establecimiento Tele-Maison, subió al coche propiedad de su tienda y al ponerlo en marcha, según testigos presenciales, estalló, le habían colocado una bomba.

Se ignora quién o qué grupos son responsables de este acto de terrorismo totalmente reprobable. La policía investiga el caso y algunos compañeros de la prensa opinan que puede tratarse de un caso de mafia y no político. Se ignora que *madame* Sorrie, conocida en su zona de influencia, estuviera relacionada con el mundo del hampa. Los comerciantes del sector llevarán a cabo una manifestación de protesta por este infame acto criminal en el que una mujer, una propietaria de comercio, ha perdido la vida...»

—Xavier, Xavier...

Cuando pudo hablar, Xavier preguntó a su compañera:

—¿Y todavía dudas?

—¿Crees que esa bomba iba destinada para ti?, ¿verdad?

—Por lo visto se fijaron bien en qué coche llevaba y esperaban que volviera a subirme a él. Yo ya no iba a conducirlo jamás porque le entregué las llaves a *madame* Antoinette. No sabía que con esas llaves le daba la sentencia de muerte.

—Tú no eres responsable de nada.

—Esos asesinos quieren asegurarse el silencio, pero no lo van a conseguir, pagarán todas estas muertes.

—¿Qué vas a hacer? ¿Hablarás con la policía?

—Cybèle, vas a coger tu maletín y nos largamos de aquí ahora mismo. Cuando ellos sepan que yo no he muerto nos buscarán y también vendrá la policía, puesto que yo trabajaba para la víctima. Hay que cambiar de guarida, rápido.

Aquella misma noche, Harris acompañó a Daniev a la *boîte* Rigat.

—Nos hablaremos por señas —le dijo Daniev con su habitual tono, medido y frío.

—Sí, no es conveniente que nos vean juntos —admitió Harris con su pésimo acento francés, un idioma con el que se entendía, pero del que jamás sería un perfeccionista.

—Yo tengo un palquito reservado en esta *boîte*.

—¿Para sus vicios sexuales? —rezongó el yanqui, sarcástico.

—Soy de carne y hueso como usted, pero ahí dentro tengo amigos y puedo encontrar a tipos que actúan, cobran y callan.

—De acuerdo. No era mi intención molestarle. Daniev. Tiene usted un sentido del humor muy corto.

—Bien. Yo entraré y al medio minuto, entra usted. Conque esté en la barra será suficiente, para observar.

—¿Cómo sabré en qué sitio está usted, Daniev? Imagino que en su palco quedará oculto a las miradas indiscretas.

—Naturalmente, a mí tampoco me gusta que mucha gente pueda señalarme con el dedo. En fin, permanezca atento. Buscaremos a los tipos que nos son necesarios, míster Mayer está muy molesto.

—¿Ah, sí? Nadie lo diría, le he visto sonreír mucho.

—Es su forma de ser, pero detrás de su sonrisa puede esconderse una cólera capaz de hacer bailar a la Torre Eiffel.

Entraron en el local tal como indicara Daniev, primero éste y a continuación Harris.

El *maître*, nada más verle, saludó a Daniev con una inclinación de cabeza. No le preguntó qué quería, no necesitaba hacerlo, sabía muy bien lo que quería aquel especialísimo cliente.

—Un momento, *monsieur* Daniev.

El *maître* dio unas órdenes concretas a unos camareros y, al poco, del corredor de los palcos salían dos parejas protestando. Daniev comprendió que estaban limpiando el pequeño palco.

Daniev dejó su bufanda de seda blanca en la baranda del palco; de esta forma, Harris sabía dónde estaba.

El pequeño palco era oscuro y unos cortinajes lo hacían más discreto. Desde la sala no era fácil ver a quién estaba dentro de él.

Para Harris, aquél era un local más, los había conocido a cientos por todo el mundo. Ni siquiera el espectáculo de tres chicas danzando en la pista le llamaba la atención excesivamente. Eran tres mujeres que, con una gran sensualidad en sus movimientos, laboraban para provocar la excitación del hombre y lo conseguían.

La sala estaba a la mitad de clientela. Unas pocas parejas, hombres y varias mujeres que iban a la caza de carteras que exprimir. Aquél no era un local incluido en la ruta para turistas que buscaban la artificiosa imagen del chulo parisino que abofetea a su protegida mientras ambos bailan al estilo apache.

La *boîte* Rigat era un local con sus clientes fijos del París la nuit.

Harris observó que allí había tipos malcarados con actitud aburrida, que semejaban esperar algo.

De pronto, una mano le cogió por el hombro, Harris se encontró con la mirada oscura de un hombre que era tan extranjero como él

en el gran París.

—Tú eres Harris, Jeffrey Harris.

El interpelado parpadeó, pero no pareció inmutarase, controló muy bien sus reacciones. Tomó la copa que acababan de servirle y bebió de ella antes de preguntar:

—¿Te conozco?

—Posiblemente.

—¿De qué?

—¿Dónde está Daniev?

—¿Daniev? No sé de qué me hablas.

Dos mujeres se les acercaron contoneándose, mostrando sus grandes y apetitosos escotes. Xavier les dijo en tono cortante:

—Largaos.

—No es para tanto —se quejó una de ellas.

La otra quiso lanzar un sarcasmo alusivo a la falta de masculinidad de ambos, pero al ver la dureza de los gestos optó por callarse.

—Tú sabes quién es Daniev.

—Me temo que te confundes.

—No, no me confundo. Tú eres el yanqui que hace de intermediario.

—¿Intermediario de qué? —preguntó él, irónico.

—Intermediario entre Murray y míster Mayer.

La copa se quedó como congelada en la boca de Harris. Esta vez sí palideció intensamente y pese a la escasa luz, Xavier lo captó.

—¿Quién te ha contado eso?

—Sé mucho, quizá podría decir que lo sé todo.

—¿Qué es todo?

—TMX-10. ¿Te dice poco o te dice mucho?

—Lo que acabas de decir es muy peligroso.

—Hombre, ya no te haces el tonto ni el desmemoriado. Además, sabes perfectamente quién soy yo. Habéis fallado varias veces, yo tenía que estar muerto y en cambio estoy hablando contigo y el peligro no lo corro yo, sino vosotros.

—¿Qué es lo que buscas?

—Lo mismo que buscaba Reynolds, tu compatriota.

—¿Qué te contó Reynolds?

—El Anangaranga.

—¿El qué?

—Poca cosa, cómo funciona un *water*.

—¿Sarcástico?

—Como he estado a punto de morir, me siento más allá de la muerte y cuando uno está más allá de la muerte, se coloca por encima del miedo.

—¿Dónde está la chica?

—Comiendo palomitas de maíz.

—¿Respondes siempre igual?

—A preguntas idiotas, respuestas consecuentes.

—¿Por qué no vamos a hablar a otra parte?

—¿Me estás pidiendo que me meta en una ratonera?

—¿No te fías?

—No me fió ni de mi sombra. ¿Cómo iba a fiarme de un bastardo como tú?

—No voy a tolerar que me insultes —advirtió Jeffrey Harris crispando sus dedos en torno a la copa que no había vaciado del todo.

—¿Y a quién te vas a quejar, al tío Sam o al presidente francés? Aunque, tal como están las cosas, no creo que te vayas a quejar a ellos, mejor a Mayer, que es el hombre de los millones.

—Tú lo has dicho, yo sólo soy un intermediario.

—De Murray, un científico criminal, ladrón y desleal, aunque esto último sea lo que menos castigan las justicias.

—Si quieres sacar tajada de esto, deberás hablar con Mayer.

—¿Y dónde puedo encontrar a Mayer?

—Mayer es un hombre muy conocido, se le puede encontrar en reuniones de negocios de gran altura.

—Lo sé, y no quiero perder el tiempo telefoneando para localizarlo, más bien quiero saber en qué sitio ha montado su laboratorio secreto. La

TMX-10

se ha de multiplicar antes de soltarla sobre las naranjas.

—De modo que lo sabes todo...

Jeffrey Harris alargó su copa, haciendo un gesto para que volvieran a llenársela, la necesitaba. Xavier había tenido la facultad de sorprenderle.

—Hablaré con Mayer. ¿Cuánto pides?

—Cinco millones.

—¿De francos?

—No seas idiota. Los pagos internacionales se hacen en dólares y Mayer va a ganar tanto que no sabrá qué hacer con tanto dinero.

—¿Dónde te localizo?

—Tú pasa por aquí, ya pasaré yo a buscarte. Ah, y si algo me ocurre, todo el negocio de Mayer se viene abajo.

—¿Te consideras el perfecto chantajista?

—Casi.

—Bien, veremos qué se puede hacer.

—Se puede hacer lo que yo exijo, no hay otra alternativa —advirtió Xavier.

—Mira, llámame a este número.

Harris echó mano de su bolsillo, pero en vez de una tarjeta sacó una pistola pequeña, pavonada.

—Si me matas, Mayer te mata a ti —silabeó Xavier.

—Me la jugaré.

—No creo —dijo el joven.

Le dio la espalda y anduvo hacia la salida cuando sonó la detonación. Fue una detonación seca, no demasiado estridente. Sintió un profundo dolor en la espalda y la cabeza se le nubló mientras se le doblaban las rodillas.

Los camareros y todos los clientes del Rigat se quedaron mirando al yanqui que aún tenía la pistola en su mano. Nadie gritó, todos permanecieron callados menos el *maître*, que se le acercó.

—Lo siento, *monsieur*, pero tendremos que llamar a la policía.

—Lleven a ese tipo al palco de Daniev. No lo he matado, sólo lo he herido.

El *maître* se volvió hacia Xavier que yacía en el suelo boca abajo y luego asintió con la cabeza.

—Lo que usted mande, *monsieur*. Espero que sea usted generoso.

—Daniev pagará, no se preocupe.

—Confío plenamente en *monsieur* Daniev.

Dos camareros levantaron el cuerpo de Xavier, que sangraba por la espalda.

Nadie decía nada, nadie acusaba de nada... La música seguía sonando y las bailarinas de *strip-tease* evolucionaban en la pista.

Cuando Daniev vio al herido en su palco, puso en su rostro un rictus de enfado, pero aguardó a que los camareros se alejaran para enfrentarse a Harris.

—¿Qué ha hecho, imbécil?

—Ya es la segunda vez que me insultan esta noche. Este tipo lo sabe todo. La bomba que pusimos en su coche se cargó a una mujer, pero no a él. Quiere cinco millones de dólares, me había desafiado y se iba a escapar.

—¿Y qué hacemos ahora con él?

—El tipo quería ver a míster Mayer. Que decida él, que paga. ¿No le parece?

—De acuerdo. Llamaré al *maître* para que traiga un cubo de basura de plástico, lo meteremos dentro. Estamos corriendo demasiados riesgos.

—Metido en un cubo de basura grande, nadie reparará en él. Hay que moverse. A este hombre, herido, le podemos sonsacar, es nuestra ocasión. Tenemos las mejores cartas de la baraja, Daniev, ¿es que no se da cuenta?

Daniev miró a Xavier y opinó:

—Ha sido una gran temeridad dispararle delante de todo el mundo. Esperemos que no se nos muera.

—No tema. Las balas de esta pistola, que parece casi de juguete, son muy pequeñas y estoy entrenado para saber dónde he de apuntar y colocar el plomo en cada situación, Puedo matar o simplemente herir.

CAPÍTULO XIV

Cybèle había comenzado a escribir el reportaje sobre el caso que estaba viviendo, un caso especialmente sangriento y que ignoraba cómo terminaría.

Utilizaba una taquigrafía sutilmente deformada para que sólo ella pudiera entenderla. De esta forma, llenaba páginas de un bloc anillado con tapas de plástico negras. Su taquigrafía no estaba hecha para coger al vuelo palabras que escapaban de alguna boca con fluidez, sino para dejar escritos y bien ordenados sus pensamientos, sus conclusiones, sus experiencias. Por ello, su taquigrafía era cuidadosa, lenta, casi dibujada.

De pronto, llamaron a la puerta con los nudillos.

Cybèle volvió sus ojos hacia la hoja de madera pintada en blanco. La alcoba era espaciosa y tenía un balconcito que daba a la Rue des Recollets.

—¿Quién es?

—*Mademoiselle*, soy el conserje.

—Un momento.

Ajustó mejor la bata con la que cubría su bello cuerpo, joven y bien formado, y acercándose a la puerta abrió con naturalidad.

Allí estaba el conserje, que se hizo a un lado, pero en el umbral había otro personaje, al que reconoció de inmediato.

—Comisario Bernard...

—Buenas noches, *mademoiselle* Donais —saludó muy cortés.

Era un policía que vestía y se comportaba a la antigua usanza, pero nada escapaba a sus inquisitivos ojillos protegidos tras unas lentillas.

—¿Puedo pasar?

Cybèle vaciló.

—¿No le importarla esperar? Yo bajaré luego y...

—No, *mademoiselle*. Lamento forzarla a esta entrevista, pero

prefiero hablar ahora y, no tema, el inspector se quedará vigilando en el corredor. —Señaló el rellano de la escalera que daba acceso al corredor donde se ubicaban las habitaciones.

—Está bien, pase.

El comisario dio las gracias al conserje con un movimiento de cabeza.

Cuando se cerró la puerta y quedaron a solas, el comisario se sentó en la silla y preguntó:

—¿De verdad no tiene nada que contar a la policía, *mademoiselle* Donáis?

—Vaya al grano, comisario. ¿Cómo ha sabido que estaba aquí?

—La policía sabe muchas cosas, muchas, los contribuyentes nos pagan para que constantemente estemos averiguándolas, me refiero, especialmente, a todo aquello que tiene relación con el mundo del delito.

—¿Qué han averiguado sobre mi amiga Vie?

—Que fue asesinada.

—¿No dijo usted que era suicidio?

—Al principio conviene tomar ciertas precauciones, entre ellas la de que los sospechosos se relajen y si se habla de suicidio, quiere decir que no se sospecha de nadie.

—¿Sospecharon de mí?

—Sospechamos de todos y no debe molestarse por ello, es nuestra obligación. La autopsia reveló que su amiga había bebido una cantidad excesiva de alcohol y en ese alcohol, coñac concretamente, habían echado somnífero suficiente para dormir a un elefante. Encontramos el somnífero disuelto en el coñac que había en la botella. El asesino limpio muy bien el vaso en el que su amiga consumió la bebida que resultó mortal, pues en ese vaso sólo estaban las huellas de ella y no las del asesino. La botella, después de utilizarla, también la limpiaron, lo que fue un error, porque en ella no aparecieron las huellas de la víctima. Estaba perfectamente limpia, lo que indica que habían borrado las huellas y por tanto era evidente que alguien la había matado. Por suerte para la justicia, los asesinos ya están encarcelados.

—¿Los encontraron? —siguió preguntando, dubitativa.

—Sí. Estaban fichados por otros delitos, eran dos criminales de los llamados a sueldo. Alguien intervino en nuestra ayuda. Gracias a

un desconocido, fueron a parar a la comisaría y allí se les interrogó hasta que acabaron confesando.

—Me alegro, espero que la justicia sea dura con ellos.

—La justicia suele ser dura hasta con los que no colaboran, es decir, con los que ocultan pruebas que encubren a otros delinquentes.

Cybèle se acercó al balcón; hacía demasiado frío para asomarse a él.

—Sus palabras me suenan a amenaza.

El comisario Bernard sacó una cajetilla de tabaco y preguntó:

—¿Fuma?

—No, gracias —rechazó Cybèle.

—¿Le importa que fume yo?

—No, claro.

El comisario encendió el cigarrillo y prosiguió:

—Ahora tiene oportunidad de ayudar a la policía, a la justicia y de ayudarse a sí misma.

—¿Qué es lo que cree que yo sé, comisario?

—Muchas cosas. Sabemos que a su amiga Vie la mataron confundiéndola con usted; sabemos que el hombre con que ha venido a este hotel es un extranjero que trabajaba Tele-Maison y por lo tanto, supongo que está usted informada de que *madame* Antoinette, la patrona de su amigo, ha muerto dentro del automóvil en el que habían colocado una carga explosiva, un coche que precisamente era el que utilizaba su amigo.

—Él no ha sido, la bomba la habían puesto para matarle a él.

—¿Otra confusión? —preguntó sin prisas, como hablando de algo que apenas tenía importancia.

—Sí.

—Estoy viendo que los asesinos cometen muchos fallos Aspiró del cigarrillo y expulsó el humo antes de proseguir: ¿Por qué no me cuenta lo que hay detrás de todos esos crímenes?

—Porque no me creería.

—Se equivoca, *mademoiselle*, yo estoy dispuesto a creérmelo todo, hasta lo más inverosímil. Desde los veinte años que pertenezco a la policía judicial y le aseguro que han pasado muchas casos extraños por mis manos.

—¿Por qué no espera, comisario?

—¿A qué?

—Mi amigo, el extranjero como usted le llama, Xavier es su nombre...

—Lo sabemos, sabemos mucho de él.

—No es un delincuente.

—También lo sabemos.

Cybèle se dejó caer sentada en la cama y cruzó las manos nerviosamente, estaba angustiada.

—Xavier está preparando un plan, un plan que nos dará pruebas suficientes para acusar a unos criminales internacionales.

—¿Qué ocurre, *mademoiselle*, su amigo Xavier está jugando a James Bond? ¿Se ha creído que él sólo va a conseguir más que la policía?

—No es eso, sólo pretendemos obtener pruebas irrefutables para que ustedes nos crean. Esperen a que él vuelva...

—Sería una espera inútil.

—¿Por qué?

—Su amigo no volverá, por eso ya no podemos esperar más. Ha llegado el momento de que usted nos diga todo lo que sabe.

Cybèle sintió que sus manos temblaban, el presagio de la muerte volvía a su mente, a su corazón, a sus entrañas, y el comisario Bernard seguía esperando, imperturbable.

CAPÍTULO XV

Míster Mayer, bien acomodado dentro de su Rolls-Royce pilotado por su guardaespaldas Franz, escuchaba *La Heroica* de Beethoven. A su lado llevaba un portafolios repleto de datos, correspondientes a varios consejos de administración de grandes empresas internacionales de importación y exportación que él controlaba, datos que hubiera querido estudiar en aquellos momentos, pero estaba demasiado nervioso, lo que era insólito en él.

—¿No puedes ir más aprisa, Franz? —preguntó, exigente, añadiendo—: ¿Para qué tengo el mejor coche, si no puedo viajar rápido?

Franz pisó más a fondo el acelerador y puso las luces largas sin importarle deslumbrar a los automovilistas que venían en dirección contraria. La velocidad aumentó a costa del peligro del prójimo.

Amanecía cuando el coche llegó a las inmediaciones de Clermont-Ferrand, donde se hallaba el chalet-granja en el que se ocultaba el laboratorio en el que ya se estaba multiplicando la bacteria asesina de los naranjales.

Franz le abrió la portezuela para que descendiera y ya en el vestíbulo del chalet, salió a recibirle su pequeño pero eficaz ayudante Daniev.

—Si esto es una estupidez, no la voy a perdonar —masculló a guisa de saludo—. He tenido que postergar para otros días unas reuniones de negocios importantísimas.

—Míster Mayer, la situación es grave, muy grave y estimo que es usted quien debe tomar la última decisión.

—De acuerdo. Veamos, ¿dónde está ese hijo de perra? —exigió, avasallador.

—Abajo, con Harris.

—Vamos.

Daniev le siguió y por la puerta secreta, ambos descendieron al sótano, a una sala contigua al laboratorio en el que se estaba trabajando.

Allí, estaba Harris sentado en una silla, despeinado, con aspecto de fatiga. Frente a él, un gran cubo de basura de plástico, cuya tapa estaba sujeta con cuerdas. Unos agujeros en la misma permitían la respiración.

—¿Dónde está? —gruñó míster Mayer.

Harris señaló el cubo de basura.

—¡Sacadlo! —ordenó, tajante.

Harris quitó las ligaduras de la tapa. Franz se acercó para ayudarle en lo que hiciera falta.

Quitaron la tapa y apareció la cabeza de Xavier, que abrió los ojos y les miró.

—Sal —ordenó Harris.

—No puedo moverme.

Cruelmente, Harris dio un patadón al cubo de basura y lo volcó. Xavier se golpeó, pero ya en el suelo se movió y salió arrastrándose de su angustiada cárcel de plástico.

Tenía una bala en el omóplato izquierdo, la espalda le dolía horriblemente y estaba manchada de sangre. El brazo izquierdo no le respondía mientras que el dolor que sentía era tan intenso que tenía que apretar los dientes para no gritar.

Consiguió sentarse en el suelo. Las piernas tampoco le respondían, se le habían quedado dormidas por falta de circulación sanguínea.

Miró a los hombres que allí estaban y clavó sus ojos especialmente en uno de ellos.

—A usted le conozco, es Mayer.

Al quedar identificado, míster Mayer dio un respingo.

—¿Cómo me has conocido?

—No ha sido difícil. Usted no se oculta porque son otros los que matan, pagados por usted, claro.

—Bien, ya te has hecho suficientemente el listo y te habrás dado cuenta de que tu situación no es precisamente agradable ni prometedora.

—Advertí a Harris que si yo moría, usted se venía abajo como un castillo de naipes. Lo sé todo.

—¿Todo? —insistió míster Mayer, tratando de mostrarse escéptico y despectivo.

Harris intervino para decir:

—Sabe lo de la bacteria

TMX-10.

—Sé que se la vendió el científico Murray y conozco los países que van a ser víctimas de su diabólico plan.

—¿Quién te lo ha contado todo? —inquirió míster Mayer, preparándose un cigarro que encendió con un mechero de oro.

—Reynolds.

—Reynolds murió nada más llegar, no pudo contarte nada.

—Lo hizo a través de una cinta de video con la que pensaba chantajearle.

—De modo que una cinta de video... Muy bien, ¿y dónde está?

—En buenas manos, es mi protección. Si yo muero, la cinta irá a la policía.

—La cassette chivata... Seguro que la guarda la zorra de Cybèle, su amiga —dijo Daniev.

Harris cogió a Xavier por los cabellos y tiró de él.

—Vas a decirnos dónde se esconde la chica.

Tras aquella exigencia, Harris le asestó un maligno puñetazo, justo donde había recibido el balazo, lo que hizo escapar un gruñido de profundo dolor de la boca de Xavier.

—Espera, espera —pidió míster Mayer después de chupar su cigarrillo—. ¿Cuánto pides por tu silencio y por esa cinta de video?

Xavier aún tenía los ojos cerrados y su aspecto comenzaba a ser tan lastimoso que míster Mayer temió que se le muriera a golpes y la situación ya no tuviera remedio para él.

—Cinco millones.

—Está loco —opinó Harris—. Se cree muy listo y no piensa que podemos sacarle lo que queramos, hay muchas formas para conseguir que hable.

Recobrando la sangre en sus piernas, Xavier consiguió ponerse en pie trabajosamente, pero se mantenía encorvado debido al profundo dolor que le causaba la herida.

—Despacio —exigió míster Mayer con su voz imperativa—. No he hecho tantos kilómetros desde París hasta aquí para nada. —Se acercó más a Xavier y en tono amistoso, le dijo—: Has trabajado lo

tuyo y mereces un premio, te voy a dar un millón.

—Cinco —insistió Xavier, que tenía el brazo izquierdo caído, sin conseguir moverlo.

—Uno, y será de francos.

—No.

—No seas idiota, te estoy ofreciendo una salida. Podría prometterte cinco millones de dólares y luego no darte nada, sólo un hueco en la tierra o una piedra para tu cuello antes de tirarte al río.

—Si me torturáis, pediré más.

—Este tipo se ha vuelto loco, encima amenaza —se admiró Harris.

Daniev intervino:

—Creo que Harris tiene razón. Si le apretamos las clavijas, hablará, encontraremos a la chica que estará escondida en alguna parte y tendremos el video, sólo son un par de vulgares chantajistas.

—¿Has oído, prefieres que te torturen? —preguntó míster Mayer.

—Eres el peor de los cerdos, Mayer, porque tú manejas a los verdugos con tu dinero.

Tras sus duras palabras, Xavier dio un violentísimo e inesperado rodillazo a Mayer, que consiguió cogerlo desprevenido.

El rostro de míster Mayer se puso blanco, el cigarro cayó de sus dientes y antes de que consiguiera llevar las manos a sus órganos genitales, afectados por el durísimo y contundente golpe, cayó hacia atrás, golpeando con su espalda el duro cemento.

Harris y Franz se abalanzaron sobre Xavier, más no pudieron impedir que el joven volviera a golpear a Mayer, esta vez con un punterazo que remató el castigo testicular, cogiendo también los dedos del diabólico financiero.

Entre Franz y Harris, golpearon a Xavier mientras Mayer se revolcaba por el suelo, gruñendo de dolor de una forma estertórea, pues era incapaz de hablar mientras Daniev trataba de serle útil sin saber cómo.

Con un solo brazo, Xavier consiguió escapar de Harris, que se abalanzó hacia él.

Franz le asestó tal puñetazo que lo envió contra la puerta. Xavier no cayó esta vez y aprovechó el hueco abierto de la puerta, cerrando tras de sí. Puso la llave antes de que consiguiera salir.

Viendo que el laboratorio estaba vacío, pues en aquellos momentos los científicos dormían o se les exigía que durmieran, comenzó a golpear todo el cristal que allí había montado, grandes matraces, serpentines, cultivos que derramó sin preocuparse lo más mínimo, mientras Franz agujereaba la cerradura de la puerta a balazos.

La reacción del joven herido había sido tan fulminante como sorpresiva. No se explicaban cómo con un solo brazo y una bala en el cuerpo había podido golpear y huir, aunque parte de la culpa la tenía Franz, al enviarle contra la misma puerta, dándole así opción a escapar.

Sabiéndose perdido, incapaz de llegar hasta la escalera, optó por seguir destrozando el laboratorio mientras Franz disparaba contra él.

—¡No lo mates! —rugió Mayer—. Tiene que vomitar dónde está la chica y la cinta.

Entre Harris y Franz, trataron de acorralar a Xavier, más éste descolgó un extintor y les envió la carga que en este caso era anhídrido carbónico, que al dar en los rostros, congelaba. Franz se tambaleó, cegado, y Harris trató de escapar, pero el chorro le dio en el oído.

—Yo lo pararé —dijo Daniev, sacando su revólver Browning y apuntando a las piernas de Xavier, que había causado un terrible destrozo en aquel laboratorio bacteriológico.

—¡Quieto todo el mundo! —ordenó de pronto una voz contundente e inesperada para todos.

Aparecieron policías armados con metralletas que se apoderaron de la situación, obligándoles a soltar las armas y a levantar las manos.

Xavier dejó caer el extintor y, bufando, se sentó en el suelo; el dolor ya podía más que sus fuerzas.

Cuando volvió a abrir los ojos, se hallaba tendido en una litera dentro de una ambulancia que rodaba rápida por la carretera. Sentada a su lado había una mujer.

—Cybèle...

—Xavier, Xavier, menos mal que estás vivo.

—Creo que tengo una bala en la espalda.

—Sí, pero no es grave. La policía ha estado siguiéndonos todo el

tiempo sin que lo supiéramos. Sospechaban algo, buscaban al asesino de Reynolds y esperaban que nosotros, jugando a detectives, les lleváramos hasta el cerebro del crimen. Se han sorprendido mucho ante lo que han descubierto.

—Menos mal que hemos llegado a tiempo.

—Todos han sido capturados y del científico Murray, ya se encargarán en Washington. Creo que podremos comer naranjas tranquilamente.

—Parece estúpido hablar de naranjas, ¿verdad? —rezongó Xavier—. Pero como se trata de tantos millones de kilos, ya no suena estúpido.

—Calla, calla... Estás vivo, *mon chéri*, estás vivo y eso es lo único que importa.

Le selló la boca con sus propios labios como queriendo compartir con él su aliento de amor y vida.

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España

Precio en España 50 ptas.

